

# La persistencia de la vision

John Varley

Era el año de la cuarta no-depresión. Hacía poco que me había unido a las filas de los desempleados. El Presidente me había dicho que no debía tener miedo a nada excepto al mismo miedo. Por una vez, le tomé la palabra, de manera que me eché la mochila al hombro y salí en dirección a California.

No era el único. La economía mundial se había estado retorciendo como una serpiente sobre las brasas durante los últimos veinte años, desde comienzos de los setenta. Nos hallábamos en un ciclo de sube-y-baja que parecía no tener fin. Había barrido el sentimiento de seguridad que la nación había obtenido tan dolorosamente durante los dorados años posteriores a los treinta. La gente estaba acostumbrada al hecho de que podía ser rica un año y apuntarse a la cola de los desocupados al siguiente. Yo me apunté en esta última en el ochenta y uno, y de nuevo en el ochenta y ocho. Esta vez decidí utilizar mi libertad para ver el mundo. Mi idea era la de embarcarme para el Japón. Con mis cuarenta y siete años, quizá no tuviera otra ocasión de mostrarme irresponsable.

Era a finales del verano. Levantando el pulgar a lo largo de la interestatal, olvidaría con relativa facilidad que había disturbios allá abajo, en Chicago, a causa de la comida. Por las noches dormía en mi saco, miraba las estrellas y escuchaba los grillos.

Tuve que andar la mayor parte del camino de Chicago a Des Moines. Mis pies se endurecieron tras unos cuantos días de horribles ampollas. Los conductores que se detenían eran escasos, en parte debido a la competencia de otros autostopistas. y, en parte, debido a los tiempos que vivíamos. Los conductores locales no se mostraban demasiado ansiosos de recoger a la gente de la ciudad, de quienes habían oído cometer que la mayoría eran asesinos en potencia, enloquecidos por el hambre. En una ocasión me dieron una buena paliza y me aconsejaron que nunca volviera a Sheffield, Illinois.

Pero, de manera gradual, aprendí a vivir en la carretera. Había empezado con una pequeña reserva de latas de conserva recibidas de la seguridad social, y cuando se acabaron, descubrí que era posible hacerse emplear, a cambio de un poco de comida, en muchas de las granjas que había a lo largo de la carretera.

Algunos de esos trabajos eran duros, otros tan sólo un toma y daca profundamente arraigado en la mente de algunas personas que creían que no debía darse algo por nada. Muy pocas comidas eran gratis, en la mesa familiar, con los nietos sentados alrededor mientras el abuelo o la abuela contaban las historias, muchas veces repetidas, de lo que había sido la Gran Depresión del 29, cuando la gente no temía echarle una mano al compañero que estaba tocando fondo. Descubrí que cuanto mayor era la persona, más probabilidades había de que te escuchara con simpatía. Ese es uno de los muchos trucos que aprendes. Y los más ancianos eran los que te daban las cosas con mayor facilidad, a condición tan sólo de que te sentaras y les escucharas un poco. Me convertí en un auténtico maestro.

El autostop mejoró algo una vez pasado Des Moines; luego, empeoró a medida que me acercaba a los campos de refugiados que bordeaban la Franja China. Hacía tan sólo cinco años desde el desastre, ¿lo recuerdan?, cuando un reactor nuclear de Omaha estalló y una masa de uranio

y plutonio en fusión empezó a abrirse camino por el suelo en dirección a China, extendiendo una franja de radiactividad de seiscientos kilómetros a impulsos del viento. La mayor parte de Kansas City, Missouri, vivía aún en una ciudad hecha de barracones de hojalata y de madera contrachapada mientras aguardaban a que la ciudad fuera habitable de nuevo.

Los refugiados formaban un grupo trágico. La solidaridad inicial que la gente muestra tras un gran desastre hacia tiempo que se había desvanecido en el letargo y la desilusión de las personas desplazadas. Muchas de ellas no harían sino entrar y salir de los hospitales durante el resto de sus vidas. Para empeorar las cosas, la gente del lugar les odiaba, les temían, no querían ningún contacto con ellos. Les consideraban como a parias modernos, impuros. Sus hijos eran evitados. Cada campo tenía tan sólo un número para identificarlo, pero la población local los llamaba a todos Ciudades Geiger.

Di un largo rodeo hasta Little Rock para evitar cruzar la Franja, aunque era segura a condición de que no permanecieras demasiado tiempo en ella. La Guardia Nacional me entregó un distintivo de paria -un

dosímetro-. y erré de una Ciudad Geiger a la siguiente. La gente se mostraba lastimosamente amigable apenas daba uno el primer paso, y siempre dormí a cubierto. La comida era gratis en los comedores de la comunidad.

Una vez en Little Rock, descubrí que la aversión a recoger extraños que podían estar contaminados por la «enfermedad de la radiación» desaparecía, y avancé rápidamente a través de Arkansas, Oklahoma y Texas. Trabajé un poco aquí y allá, pero la mayor parte de las etapas eran largas. Todo lo que vi de Texas fue a través de la ventanilla de un coche. Estaba un poco cansado de todo eso cuando llegué a Nuevo México. Decidí caminar. Por aquel entonces estaba menos interesado en California que en el viaje en sí. Dejé las carreteras y anduve campo traviesa, donde no había cercas que me detuvieran. Descubrí que no era fácil, ni en Nuevo México, alejarse de los indicios de la civilización.

Allá por los sesenta, Taos era el centro de los experimentos culturales de modos de vida alternativos. Muchas comunas y cooperativas erigidas durante aquel tiempo en las colinas circundantes se habían ido al garete en unos pocos meses, o años, pero unas pocas habían sobrevivido. En los últimos años, cualquier grupo con una nueva teoría acerca de la vida y con el anhelo de ponerla a prueba había gravitado hacia aquella parte de Nuevo México. Como resultado de todo ello, el lugar estaba repleto de desvencijados molinos de viento, paneles solares, domos geodésicos, matrimonios de grupo, nudistas, filósofos, teóricos, mesías, ermitaños, y más locos de los que debería haber.

Taos era algo grande. Podía penetrar en la mayor parte de las comunas y quedarme allí un día o una semana, comiendo arroz orgánico y judías y bebiendo leche de cabra. Cuando estaba cansado de la caminata en cualquier dirección, me llevaban hasta otra. Allí, tanto me podía ser ofrecida una noche de plegarias y cánticos como una orgia ritual. Algunos de los grupos poseían establos immaculados con ordeñadoras automáticas para multitud de vacas. Otros no tenían ni siquiera letrinas; se limitaban a acucillarse en cualquier sitio. En algunos, los miembros iban vestidos como monjes, o como cuáqueros de la Pennsylvania primitiva. Más allá iban desnudos y con todo el pelo del cuerpo afeitado, y pintados de color violeta. Había sendos grupos exclusivos masculinos y femeninos. En la mayor parte de los primeros me pedían que me quedara; en los segundos, las respuestas iban desde el ofrecimiento de una cama para la noche y una buena conversación hasta el recibimiento a punta de fusil detrás de una cerca de alambre con espinos.

Intenté no enjuiciar a nadie. Aquella gente estaba haciendo algo importante, todos ellos. Se dedicaban a probar formas de no tener que vivir en Chicago de nuevo. Aquello me maravillaba. Yo había pensado que Chicago era algo inevitable, como la diarrea.

Eso no quiere decir que todos ellos tuvieran éxito en su empeño. Algunos hacían que Chicago pareciera un Shangri-La. Un grupo parecía creer que volver a la naturaleza consistía en dormir en una pocilga y comer unos alimentos que un carroñero desdeñaría tocar. Muchos estaban obviamente sentenciados. No dejarían tras de sí más que un grupo de barracas vacías y el recuerdo del cólera.

Así que el lugar no era el paraíso; le faltaba mucho para ello. Pero había algunos éxitos. Uno o dos grupos se hallaban allí desde el sesenta y tres o el sesenta y cuatro, e iban ya por su tercera generación. Me sentí algo decepcionado al comprobar que la mayoría de ellos estaba constituida por aquellos que menos se habían apartado de las normas de comportamiento establecidas, aunque algunas de las diferencias podían resultar sorprendentes. Supongo que los experimentos más radicales eran los que menos probabilidades tenían de dar fruto.

Estuve allí todo el invierno. Nadie se sorprendía de volver a verme. Parece que mucha gente acudía a Taos a comprar cosas. Rara vez me quedaba más de tres semanas en un mismo sitio, y siempre colaboraba en las tareas. Hice muchos amigos y adquirí habilidades que iban a servirme si proseguía apartándome de las carreteras. Me tentó la idea de quedarme en una de aquellas comunidades para siempre. Como no llegaba a tomar una decisión, me aconsejaron que no me apresurara. Podía ir a California y luego volver. Parecían seguros de que eso era lo que haría.

Así, cuando la primavera llegó, me encaminé hacia el oeste, a través de las colinas. Permanecí alejado de las carreteras, durmiendo al aire libre. Varias noches descansé en otras comunas, hasta que empezaron a volverse raras, y luego desaparecieron. El campo no era tan hermoso como antes.

Por fin, tres días de andadura después de haber abandonado la última comuna, llegué ante un muro.

En 1964, una epidemia de sarampión alemán, o rubéola, se produjo en Estados Unidos. Esta es una de las enfermedades infecciosas más benignas. La única ocasión que se convierte en un problema es cuando la

contrae una mujer que se halla en los cuatro primeros meses de embarazo. Entonces, pasa al feto, el cual desarrolla una serie de complicaciones. Estas complicaciones incluyen sordera, ceguera y lesiones cerebrales.

En 1964, en los días anteriores a que el aborto se convirtiera en algo al alcance de todo el mundo, no había nada que hacer al respecto. Muchas mujeres embarazadas contrajeron la rubéola y dieron a luz a sus hijos. Cinco mil niños sordos y ciegos nacieron en un año. La incidencia anual media de niños carentes de visión y oído al mismo tiempo suele ser de ciento cuarenta en Estados Unidos.

En 1970, todos aquellos cinco mil Helen Keller potenciales tenían seis años. Muy pronto fue visible que había escasez de Ana Sullivan. Antes, los niños sordos y ciegos podían ser internados en las pocas instituciones especiales existentes.

Era un problema. No todo el mundo está capacitado para ocuparse de un niño sordomudo y ciego. No puedes pedirle que se calle cuando llora; ni razonar con él, decirle que sus lloros te están volviendo loco. Algunos padres cayeron en profundas depresiones nerviosas cuando intentaron tener a sus hijos en casa.

Muchos de los cinco mil niños eran subnormales profundos, y resultaba virtualmente imposible comunicarse con ellos, aun en el caso de que alguien lo hubiera intentado. La mayoría terminó encerrada en los centenares de anónimas instituciones y hospitales para niños «especiales». Eran metidos en la cama, y limpiados una vez al día por unas pocas enfermeras sobrecargadas de trabajo, y, por lo general, se les dejaba completa libertad; se les dejaba que languidieran libremente en su propio universo oscuro, tranquilo, privado. ¿Quién podía decir que aquello fuera malo para ellos? Ninguno se había quejado.

Muchos niños cuyos cerebros no habían resultado afectados fueron encerrados también entre los subnormales debido a que eran incapaces de decirle a nadie que ellos estaban allí, que existían tras sus ojos ciegos. Fracasaron en las series de tests táctiles, sin comprender que era su suerte lo que dependía de ello cuando se les pedía que introdujeran espiguillas redondas en agujeros cuadrados al compás del tictac de un reloj que no podían ver ni oír. Como resultado de todo ello, pasaron el resto de sus vidas en una cama, y ninguno se quejó tampoco. Para protestar, uno debe ser consciente de la posibilidad de algo mejor. El poder usar el lenguaje ayuda también.

Se descubrió que varios cientos de los niños tenían un coeficiente intelectual que entraba dentro del margen de la normalidad. Hubo nuevas historias sobre ellos cuando llegaron a la pubertad y se reveló que había bastante gente preparada como para manejarlos de la forma conveniente. Se gastó dinero, se adiestraron profesores. Los gastos de educación se mantendrían durante un período de tiempo específico, hasta que los chicos hubieran crecido, y las cosas volvieran a la normalidad, y todos se felicitarían mutuamente por haberse resuelto de modo satisfactorio un arduo problema.

Y, por supuesto, todo funcionó a la perfección. Hay medios de comunicarse e instruir a tales niños. Implican paciencia, amor y dedicación, y los profesores emplearon todo ello en su trabajo. Todos los graduados en estas escuelas especiales las abandonaron sabiendo expresarse con las manos. Algunos incluso sabían hablar. Unos pocos podían escribir. La mayoría de ellos abandonaron las instituciones para ir a vivir con sus padres u otros familiares; o si ninguna de las dos cosas era posible, recibieron consejos y ayuda de las propias instituciones para poder integrarse en la sociedad. Las opciones eran limitadas, por supuesto, pero la gente puede vivir existencias satisfactorias incluso bajo los más severos impedimentos. No todos, pero la mayoría de los graduados fueron tan felices con su destino como razonablemente podía esperarse. Algunos llegaron casi a alcanzar el estado de paz casi mística de su modelo, Helen Keller. Otros se volvieron amargados e introvertidos. Unos pocos tuvieron que ser internados en asilos donde se convirtieron en indistinguibles de aquellos otros de su grupo que habían pasado allí sus últimos veinte años. Sin embargo las cosas fueron bien para la mayoría.

Pero entre el grupo, como en todos los grupos había algunos inadaptados. Tendían a localizarse entre los más brillantes, el diez por ciento que tenía los coeficientes intelectuales más altos. Aunque esta no era una regla fija. Algunos habían obtenido resultados en los tests que no tenían nada de sorprendente, y, sin embargo, se veían contagiados por el ansia de hacer algo, de cambiar las cosas, de agitar la nave. En un grupo de cinco mil personas se puede estar seguro de encontrar unos pocos genios, artistas, soñadores, agitadores, individualistas, líderes, forjadores: unos pocos maniacos gloriosos.

Y había alguien entre ellos que hubiera podido llegar a presidente, de no ser por el hecho de que, además de ciega y sordomuda, era una mujer. Era lista, pero no entraba en la categoría de los genios. Era una soñadora, una fuerza creativa, una innovadora. Era quien había soñado con la libertad. Pero no edificaba castillos en el aire. Había soñado con aquello, y estaba decidida a convertirlo en realidad.

El muro, hecho de piedras cuidadosamente encajadas, tenía un metro y medio de alto. Se hallaba fuera de lugar en relación con todo lo que había visto en Nuevo México, aunque había sido construido con roca de la zona. Uno no construye ese tipo de muro en aquel sitio, y utiliza alambre de espino si necesita cercar algo. Aunque, por lo general, la mayoría de la gente no utiliza nada en absoluto. En cierto modo, parecía algo trasplantado de Nueva Inglaterra.

Era lo bastante macizo como para no atreverme a saltarlo. Había cruzado muchas cercas de alambre de espino en mis viajes, sin meterme en ningún problema por ello, aunque había tenido alguna que otra discusión con varios rancheros. La mayoría de ellos se limitaban a decirme que me largara de allí, pero sin que la cosa llegara a mayores. Aquello era diferente. Decidí rodearlo. Debido a la configuración del terreno, no podía decir hasta dónde se extendía; pero tenía tiempo

En lo alto del siguiente promontorio vi que no tendría que ir muy lejos. El muro giraba en ángulo recto justo delante. Mire por encima de él y pude ver algunas edificaciones. La mayor parte de ellas eran domos, las ubicuas estructuras utilizadas por todas las comunidades debido a la combinación de su facilidad de construcción y su durabilidad. Había ovejas tras el muro, y unas pocas vacas. Pastaban en un césped tan verde que sentí deseos de saltar el muro y revolcarme en él. El muro rodeaba un rectángulo de verdor. Fuera, donde yo estaba, tan sólo crecían matojos y salvia. Aquella gente tenía acceso al agua de riego del río Grande.

Di la vuelta a la esquina y seguí el muro de nuevo.

Vi al hombre a caballo casi al mismo tiempo que él me divisaba a mí.

Estaba algo más lejos, en la parte exterior del muro, y dio media vuelta para cabalgar en mi dirección.

Era un hombre de tez oscura y rasgos angulosos, vestido con un mono de dril, botas y un sombrero Stetson gris bastante deteriorado. Tal vez se trataba de un navajo. No sé mucho acerca de los indios, pero había oído que aquéllas eran sus tierras.

-Hola -dije cuando se detuvo, Me miraba con fijeza-. ¿Estoy en su territorio?

-Territorio tribal -dijo-. Ajá, está usted en él.

-No he visto ninguna señal.

Se encogió de hombros.

-Bueno, amigo. No parece un ladrón de ganado. -Me sonrió. Sus dientes eran largos, manchados de tabaco-. ¿Acampará aquí esta noche?

-Sí. ¿Hasta dónde se extiende su..., esto..., su territorio tribal? ¿Puedo haberlo abandonado antes de la noche?

Meneó gravemente la cabeza.

-No. Todavía se encontrará en él mañana. De acuerdo. Si enciende fuego, vaya con cuidado, ¿eh?

Sonrió de nuevo, y empezó a alejarse.

- ¡ Oiga! -dije-, ¿qué es este lugar?

Hice un gesto hacia el muro, y él regresó junto a mí. Su caballo levantó una polvareda.

-¿Por qué lo pregunta?

Parecía un poco suspicaz.

-No sé. Sólo curiosidad. Se ve distinto de otros lugares que he visto por aquí. Este muro...

Frunció el ceño.

-Maldito muro... -Luego se encogió de hombros. Pensé que no iba a decir nada más. Sin embargo. prosiguió: Esa gente..., debemos velar por ella, ¿entiende? Quizá no estemos de acuerdo con lo que hacen. Pero no es fácil para ellos, ¿sabe?

Me miró, como si esperase algo. Nunca he podido acostumbrarme a la forma de hablar de esos lacónicos tipos del Oeste. Siempre he tenido la sensación de que mis frases eran demasiado largas. Abrevian sus pensamientos a base de gruñidos y de encogerse de hombros y omiten partes de su discurso, de modo que siempre he tenido la sensación de ser un tipo plomo del Este cuando hablo con ellos.

-¿Reciben huéspedes? -pregunté-. Pienso que tal vez podría pasar la noche aquí.

Se encogió de hombros de nuevo, y en esta ocasión fue un gesto completamente distinto.

-Quizá. Todos ellos son ciegos, y sordomudos, ¿sabe?

Y aquélla fue toda la conversación que pude mantener en un solo día. Hizo un sonido cloqueante y se alejó al galope.

Seguí el muro hasta que llegué a un sucio camino que serpenteaba siguiendo el arroyo y atravesaba el muro. Había una puerta de madera, pero estaba abierta. Me pregunté para qué se habrían tomado la molestia de levantar el muro si no lo cerraban. Luego vi los raffles de un tren de vía estrecha que surgían por la puerta, trazaban un círculo y se cerraban sobre sí mismos. Había un pequeño apartadero que corría a lo largo de la pared exterior durante unos pocos metros.

Permanecí inmóvil por unos instantes. No sé lo que me hizo tomar una decisión. Pienso que estaba un poco cansado de dormir al aire libre. y ansiaba tomar una comida casera. El sol se hallaba ya cerca del horizonte. Hacia el Oeste el paisaje seguía siendo igual a sí mismo. Si la carretera hubiera estado a la vista, es probable que me hubiera dirigido hacia allí y habría hecho autostop. Pero giré en dirección opuesta y penetré en el recinto.

Anduve entre los raíles. Había una cerca de madera a cada lado de la vía, hecha con maderos horizontales, como un corral. Las ovejas pastaban a un lado. Había un perro ovejero de raza shetland, que irguió las orejas y me siguió con la mirada cuando pasé, pero no acudió cuando silbé.

Calculé unos ochocientos metros hasta el grupo de edificios que tenía enfrente. Había cuatro o cinco domos hechos con un material transparente como invernaderos, y varios edificios cuadrados convencionales. Dos molinos de viento giraban perezosamente con la ligera brisa. También pude ver varias baterías solares para calentar el agua. Eran construcciones planas de cristal y madera, colocadas de tal modo que podían girar para seguir al sol. Ahora estaban casi verticales, interceptando los oblicuos rayos del atardecer. Había unos pocos árboles, que enmarcaban lo que parecía un huerto.

Casi a mitad de camino pasé bajo un puentecillo de madera. Trazaba un arco sobre la vía, dando acceso de los pastos del Este a los pastos del Oeste. «¿Qué hay de malo en una simple puerta?», me pregunté.

Luego vi algo que avanzaba por la vía en dirección a mí. Viajaba sobre los raíles y casi no producía ruido. Me detuve y aguardé.

Era una especie de vagoneta minera de arrastre convertida, del tipo de las que extraen las cargas de carbón del fondo de las minas. Iba accionada por baterías, y había llegado casi junto a mí antes de que pudiera oír su ruido. Un hombre pequeño la conducía. Arrastraba un cochecito tras él y cantaba en voz tan alta como le era posible, sin ningún sentido del tono en absoluto.

Seguía acercándose, a una velocidad de unos ocho kilómetros por hora, con una mano tendida hacia fuera, como si indicara que iba a girar a la izquierda. Me di cuenta de lo que hacía en realidad cuando ya estaba casi sobre mí. No iba a detenerse. Contaba los postes de la empalizada con la mano. Trepé por la cerca justo a tiempo. No había más de quince centímetros de holgura entre el tren y la cerca, a ambos lados. La palma de su mano tocó mi pierna mientras yo me aplastaba contra la cerca, y se detuvo de pronto.

Saltó de la vagoneta y me sujetó, y pensé que me había metido en problemas. Pero parecía preocupado, no furioso. y sus manos me palparon de arriba abajo, intentando descubrir si estaba herido. Yo me sentía azorado. No por el examen, sino porque me había comportado como un estúpido. El indio había dicho que allí todos eran ciegos y sordos, pero debo confesar que no me lo había creído demasiado.

Pareció henchido de alivio cuando conseguí hacerle comprender que me encontraba perfectamente. Con gestos elocuentes me explicó que no debía permanecer en la vía. Indicó que saltara al otro lado de la cerca y continuara a través de los campos. Lo repitió varias veces para asegurarse de que yo lo comprendía, y luego se aferró a mí mientras yo trepaba a fin de asegurarse de que había salido de su camino. Tendió los brazos sobre la cerca y me sujetó por los hombros, sonriéndome. Señaló hacia la vía y agitó la cabeza en un gesto negativo, luego señaló a los edificios y asintió. Tocó mi cabeza y sonrió cuando yo asentí. Subió al vehículo de nuevo y lo puso en marcha, asintiendo todo el tiempo. mientras señalaba hacia el lugar donde deseaba que yo fuera.

Dudé acerca de qué hacer. La mayor parte de mi decía: «Da media vuelta, cruza de nuevo el muro a través de los pastos y marcha hacia las colinas». Aquella gente probablemente no me querría por los alrededores. Dudaba de mi capacidad para comunicarme con ellos, y quizá a ellos no les agradara mi presencia. Por otra parte, me sentía fascinado ¿Y quién no? Deseaba ver cómo se las arreglaban. Seguía sin creer que *todos* ellos fueran sordos y ciegos No parecía posible.

El perro ovejero olisqueaba mis pantalones. Bajé la mirada hacia el y retrocedió. luego se me acercó de nuevo con suavidad mientras yo le tendía la mano, con la palma abierta. La olisqueó, y la lamió. Le palmeó la cabeza, y él regresó a sus ovejas. Me volví hacia los edificios.

La primera cuestión a tener en cuenta fue el dinero.

Ninguno de los estudiantes sabía mucho al respecto por experiencia propia, pero la biblioteca estaba llena de libros en braille. Empezaron a leerlos.

Una de las primeras cosas que se evidenciaron fue que, cuando se mencionaba el dinero, los abogados nunca estaban demasiado lejos. Los estudiantes escribieron cartas. Por las respuestas, seleccionaron un abogado y le contrataron.

Por aquel entonces, estaban en una escuela de Pennsylvania. Los pupilos originales de las escuelas especiales, quinientos en total. se habían visto reducidos a unos setenta a medida que la gente abandonaba dichos centros para ir a vivir con algún pariente o buscar otras soluciones a sus problemas especiales. De esos setenta. algunos tenían lugar a donde ir pero en los cuales no deseaban vivir; otros tenían pocas alternativas. Sus padres o estaban muertos o no les interesaba tenerles con ellos. Así, los setenta habían sido reagrupados de todas las escuelas del contorno a una sola mientras se estudiaban las posibles formas de ocuparse de ellos. Las autoridades tenían planes. pero los estudiantes les pararon los pies.

Cada uno de ellos era titular de una pensión anual garantizada desde 1980. Pero como estaban bajo la custodia del gobierno, ninguno había recibido nada. Enviaron a su abogado a entablar una demanda. Volvió con una resolución de que no tenían derecho a nada. Apelaron. y ganaron. La cantidad tuvo que ser pagada con carácter retroactivo, con sus correspondientes intereses, y representó una suma respetable. Dieron las gracias a su abogado y buscaron un agente inmobiliario Mientras tanto. seguían con sus estudios

Estudiaron acerca de las comunidades de Nuevo Mexico y dieron instrucciones a su agente para que les buscara algo por allí. Este firmo un contrato de arriendo a perpetuidad de un terreno perteneciente al pueblo navajo. Se informaron acerca del lugar y comprobaron que iban a necesitar gran cantidad de agua para convertirlo en productivo de la forma que deseaban.

Se dividieron en grupos para investigar qué iban a necesitar a fin de convertirse en autosuficientes.

El agua podía ser obtenida si sacaban un ramal de los canales que la conducían de las reservas del río Grande hasta los terrenos en reconversión del Sur. Podía conseguirse dinero federal para el proyecto a través de una laberíntica red que implicaba al Departamento de Salud, Educación y Bienestar Social, al de Agricultura y a la Oficina de Asuntos Indios. Terminaron pagando muy poco por las obras

El terreno era árido. Necesitarían simientes a fin de utilizarlas para criar ovejas con técnicas de pastos al

aire libre El coste de las semillas podía ser subvencionado por el programa de Colonización Rural. Tras de lo cual, plantarían tréboles para enriquecer el suelo con todos los nitratos que desearan.

Había técnicas disponibles para crear una granja ecológica, sin preocuparse de fertilizantes ni pesticidas. Todo era reciclado. En esencia, uno pone luz solar y agua por un lado, y recoge lana, peces, vegetales, manzanas, miel y huevos por el otro. No se utiliza más que la tierra y se la regenera inyectando de nuevo todos los desechos reciclados al suelo. No estaban interesados en negocios agrícolas a base de enormes cosechas obtenidas con la utilización de grandes cosechadoras mecánicas y siembras aéreas. Ni siquiera deseaban obtener beneficios. Lo único que querían era ser autosuficientes.

Los detalles se multiplicaron. Su líder, la mujer que había tenido la idea original y hecho lo necesario para ponerla en práctica, enfrentándose a los enormes obstáculos, era una dinamo llamada Janet Reilly. Sin saber nada de las técnicas que generales y ejecutivos emplean para la consecución de amplios objetivos, las inventó por sí misma y las adaptó a las peculiares necesidades y limitaciones de su grupo. Asignó equipos especializados para la resolución de cada aspecto de su proyecto, leyes, ciencias, planificación social, diseño, compras, logística, construcción. En cada ocasión, ella era la única persona que lo sabía todo acerca de lo que estaba ocurriendo. Lo llevaba en su mente sin notas de ningún tipo.

Fue en el campo de la planificación social donde se mostró como una visionaria, y no sólo como una soberbia organizadora. Su idea no era conseguir un lugar donde pudiera llevar una vida que fuera una ciega y sorda imitación de sus semejantes no afligidos por su desgracia. Deseaba un nuevo comienzo completo, una forma de vivir que fuera por y para los sordomudos ciegos, una forma de vivir que no aceptara ninguna convención. Examinó todas las instituciones sociales humanas, desde el matrimonio hasta el escándalo público, para ver de qué modo estaban relacionadas con sus necesidades y las de sus amigos. Era consciente del peligro de tal enfoque, pero aquello no la asustaba. Su Equipo Social estudió cada variante de grupo que había intentado en alguna ocasión crear su propio estilo de vida, y le entregó sus informes acerca de cómo y por qué habían fracasado o tenido éxito. Ella filtró esa información a través de su propia experiencia para ver cómo funcionaría con su poco habitual grupo, con su propia gama de necesidades y anhelos.

Los detalles eran interminables. Contrataron a una arquitecta para que trasladara sus ideas a planos en braille. Los planos fueron evolucionando de manera gradual. Gastaron más dinero. Se inició la construcción, supervisada sobre la marcha por su arquitecta, quien se sintió tan fascinada por el proyecto que no cobró sus servicios. Era un logro importante, ya que necesitaban a alguien allí en quien confiar. Es la única forma en que puede hacerse realidad algo a tanta distancia.

Cuando todo estuvo listo para que se trasladaran, tropezaron con los problemas burocráticos. Lo habían previsto, pero fue un retraso. Los servicios sociales cargaron las tintas afirmando que dudaban de la viabilidad del proyecto. Cuando se hizo evidente que ningún razonamiento iba a detenerles, los engranajes se pusieron en movimiento, y el resultado fue una orden prohibiéndoles, en su propio bien, abandonar la escuela. Por aquel entonces, todos ellos tenían ya veintidós años, pero fueron juzgados como incompetentes mentales para regir sus propios asuntos. Apelaron.

Por fortuna, aún tenían a su abogado. Este también se había sentido cautivado por la insensata visión, y se preparó para la gran batalla en su favor. Tuvo éxito en hacer promulgar una resolución referente a los derechos de las personas sometidas a tutela institucional, refrendada más tarde por la Corte Suprema, que tendría grandes repercusiones en los hospitales estatales y comarcales. Al darse cuenta de los problemas que se estaban creando con los miles de pacientes bajo condiciones inadecuadas en todo el país, los servicios sociales se batieron en retirada.

Por aquel entonces era la primavera de 1986, un año después de la fecha que se había fijado como meta. Una parte de su semilla se había perdido, a falta del trébol que debía prevenir la erosión. Era ya demasiado tarde para iniciar de nuevo la sementera, y empezaban a andar faltos de dinero. Sin embargo, se trasladaron a Nuevo México e iniciaron la agotadora tarea de ponerlo todo en marcha. Eran cincuenta y cinco, con nueve niños de edades comprendidas entre los tres y los seis años.

No sé lo que yo esperaba. Recuerdo que todo resultaba sorprendente quizá porque todo era tan normal o quizá porque todo era tan distinto. Ninguna de mis idiotas conjeturas acerca de cómo podía ser un lugar como aquél se reveló cierta. Y, por supuesto, yo no conocía la historia del lugar; la supe más tarde, recogida a fragmentos.

Me sorprendió ver luces en algunos de los edificios. Lo primero que yo había asumido era que ellos no las necesitaban para nada. Eso es un ejemplo de algo tan normal que me sorprendió.

En cuanto a las diferencias, lo primero que llamó mi atención fue la cerca alrededor de las vías del ferrocarril. Tenía un interés personal en ella, pues había estado casi a punto de resultar lesionado por ese motivo. Me esforcé en comprenderla, aunque sólo fuera a quedarme una noche allí.

La cerca de madera que encerraba los raíles a lo largo de su camino hasta la puerta continuaba por el otro lado hasta una especie de cochera donde los raíles trazaban otro círculo cerrado como el que había fuera del muro. Toda la línea estaba protegida por la doble cerca. El único acceso era una plataforma de carga en la cochera, y la puerta al exterior. Aquello tenía sentido. La única forma en que una persona sordomuda ciega podía operar un medio de transporte como aquél era con la seguridad de que no encontraría obstáculo alguno en su camino. Esa gente jamás andaría por la línea férrea; no había ningún medio que pudiera avisarles de que un tren se acercaba.

Había gente que se movía a mi alrededor en el crepúsculo a medida que avanzaba hacia el grupo de edificios. No parecieron darse cuenta de mi presencia, como yo esperaba. Avanzaban aprisa; algunos de ellos iban casi corriendo. Me detuve, y mire a mi alrededor para evitar que alguien tropezara conmigo. Tenía que comprender cómo lo hacían para no chocar entre sí antes de atreverme a proseguir mi avance.

Me incliné hacia el suelo y lo examiné. La luz era bastante mala, pero vi, de inmediato, que el área estaba llena de pistas de cemento que se entrecruzaban. Cada una de las pistas aparecía grabada con un dibujo diferente formando ranuras hechas antes de que el material se hubiera secado..., líneas, ondulaciones, depresiones, bandas rugosas o lisas. Me di cuenta de que la gente que iba más aprisa avanzaba solo por esas pistas y que todos ellos iban descalzos. No había ninguna dificultad en ver que se trataba de alguna especie de esquema de tráfico que era leído con los pies. Me levanté. No necesitaba saber cómo funcionaba. Era suficiente con saber lo que era y mantenerme alejado de las pistas.

La gente no tenía nada de particular. Algunos de los que se cruzaban conmigo no iban vestidos, pero ya estaba acostumbrado a aquello. Los había de todos los tamaños y configuraciones; no obstante, todos parecían tener la misma edad excepto los niños. De no ser por el hecho de que no se detenían a charlar entre sí, o de que ni siquiera se saludaban con un gesto al cruzarse, nunca hubiera dicho que eran ciegos. Les observé cuando llegaban a las intersecciones de las distintas pistas -no comprendía cómo se daban cuenta de que llegaban a ellas, pero pensé en varias explicaciones-, y disminuían su marcha al cruzarlas. Era un sistema mavarilloso.

Empecé a pensar en abordar a alguien. Llevaba más de media hora allí, como un intruso. Creo que tenía una falsa idea de la vulnerabilidad de aquella gente; me sentía como un ladrón.

Anduve durante un minuto al lado de una mujer. Avanzaba muy decidida, con los ojos fijos hacia adelante, o al menos eso parecía. Captó algo, quizá mis pasos. Disminuyó un poco la marcha, y toqué su hombro, sin saber qué otra cosa hacer. Ella se detuvo al instante y se volvió hacia mí. Sus ojos estaban abiertos pero eran inexpresivos. Sus manos estuvieron de inmediato sobre mí, palpó mi rostro, mi pecho, mis manos; sus dedos recorrieron mis ropas. En mi mente no había ninguna duda de que ella me había reconocido como a un extraño, tal vez desde mi primera palmada en su hombro. Pero me sonrió, cálida, y me abrazó. Sus manos eran muy delicadas y acogedoras. Resultaba curioso, ya que que se veían callosas por el trabajo duro. Pero se notaban sensitivas.

Ella me hizo comprender -al señalar hacia el edificio, mientras hacía signos de comer con una imaginaria cuchara, y tocaba un número en su reloj - que la cena iba a ser servida dentro de una hora, y que yo estaba invitado. Asentí y sonreí entre sus manos; ella me besó en la mejilla y se apresuró a seguir su camino.

Bien. La cosa no estaba tan mal. Me había preocupado acerca de mi habilidad para comunicarme. Más tarde descubrí que ella había aprendido mucho más sobre mí de lo que yo le había dicho.

No tenía ninguna prisa en dirigirme al comedor o lo que fuera, así que vagabundé un poco por la creciente oscuridad contemplando sus dominios. Vi al pequeño shetland conduciendo a las ovejas al redil para la noche. Las llevó expertamente hasta la abierta puerta sin necesitar de ninguna instrucción, y uno de los residentes la cerró y aseguró después. El hombre se inclinó luego y rascó la cabeza del perro, y recibió un lametón en la mano como respuesta. Realizadas sus tareas nocturnas, el perro acudió a la carrera hasta mí y se puso a olisquear las perneras de mi pantalón. No se apartó de mí durante el resto de la velada.

Todo el mundo parecía estar tan ocupado que me sorprendí al ver a una mujer sentada en una cerca, sin hacer nada. Me acerqué a ella.

Cuando estuve a su lado, vi que era más joven de lo que yo había pensado. Tenía trece años, supe más



tarde. Iba desnuda. La toqué en el hombro, y ella saltó de la cerca y realizó la misma rutina que la otra mujer, tocándome por todos lados sin ninguna inhibición. Tomó mi mano, y sentí sus dedos, que se movían con rapidez sobre mi palma. No podía comprender lo que me decía, pero sabía de qué se trataba. Me alcé de hombros, e intenté otros gestos para indicarle que no sabía hablar el lenguaje de las manos. Ella asintió tomando mi rostro entre sus manos.

Me preguntó si iba a quedarme a cenar. Le asegure que iba a hacerlo. Me preguntó si era universitario. Y si ustedes piensan que es fácil responder con sólo movimientos corporales, intentenlo. Sin embargo, había tanta gracia y flexibilidad en sus movimientos, era tan rápida en captar la mímica de mis respuestas que resultaba algo maravilloso contemplarla. Era diálogo y ballet al mismo tiempo.

Le dije que no venía de ninguna universidad y me esforcé en intentar explicarle un poco lo que hacía y cómo había llegado hasta allí. Ella me escuchó con las manos, rascándose gráficamente la cabeza cuando fracasaba en hacer claras mis explicaciones. Durante todo el tiempo la sonrisa de su rostro se hacía más y más amplia y se reía en silencio de mis payasadas. Todo aquello mientras permanecía muy cerca de mí tocándome. Al final, se puso las manos en las caderas.

-Creo que necesitas mucha práctica aún -dijo-. pero si te es lo mismo. ¿podríamos hablar un poco de palabra ahora? Me estás agotando.

Di un salto como si hubiera sido picado por una avispa. Aquellos toqueteos que uno podía considerar naturales en una chica sordomudociega me parecieron repentinamente fuera de lugar. Retrocedí un poco, pero sus manos volvieron hacia mí. Ella pareció asombrada. Luego sus manos leyeron el problema.

-Lo siento -dijo-. Creías que yo era sordomudociega. Si lo hubiera sabido, te lo habría dicho en seguida.

-Pensaba que todo el mundo aquí lo era.

-Sólo los padres. Yo soy uno de los hijos. Todos nosotros vemos y oímos a la perfección. No te pongas nervioso. Si no te gusta que te toquen, vas a pasarlo mal aquí. Relájate, no voy a hacerte ningún daño.

Y mantuvo sus manos moviéndose sobre mí, principalmente en mi rostro. En aquel momento yo no comprendía, pero aquello parecía no poseer ninguna connotación sexual. En realidad me equivocaba, pero no resultaba evidente.

-Necesitas que te muestre las reglas -dijo-. y echó a andar hacia los domos.

Sujetaba mi mano y andaba cerca de mí. Su otra mano seguía moviéndose hacia mi rostro cada vez que yo hablaba.

-En primer lugar, mantente alejado de las pistas de cemento. Es ahí donde...

-Ya lo había supuesto.

- ¿De veras? ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí.?

Sus manos buscaron otra vez mi rostro con renovado interés. Casi era oscuro.

-Menos de una hora. He estado a punto de hacerme atropellar por vuestro tren.

Ella se echó a reír, luego pidió disculpas y dijo que sabía que aquello no resultaba divertido para mí.

Yo repuse que era divertido para mí ahora, aunque no había sabido apreciarlo en su momento. Ella dijo que había un cartel de advertencia en la puerta, pero yo había sido lo bastante desafortunado como para llegar cuando la puerta estaba abierta -se abría automáticamente, por control remoto, en el momento en que un tren se ponía en marcha-, y yo no lo había visto.

-¿Cuál es tu nombre? -pregunté, mientras nos acercábamos a las suaves luces amarillas procedentes del comedor.

Su mano se movió en la mía, luego, se detuvo.

-Oh, no lo sé. Tengo uno; de hecho, tengo varios. Pero son en lenguaje corporal. Soy... Rosa. Creo que puede traducirse por Rosa.

Había una historia tras aquello. Ella había sido el primer niño nacido de los estudiantes de la escuela. Sabían que los bebés eran siempre descritos como de color rosado, así que simplemente la habían llamado Rosa. Para ellos era tan sólo algo rosa. Cuando entramos en el edificio pude ver que su nombre era visualmente de lo más inexacto. Uno de sus progenitores era negro. Oscuro el tono de su piel, ojos azules y el cabello ensortijado, más claro que la piel. Tenía la nariz ancha, pero los labios delgados.

Ella no me preguntó mi nombre. así que no se lo dije. Nadie me lo preguntó oralmente durante todo el tiempo que permanecí allí. Me llamaron de varias maneras en lenguaje corporal. y cuando me llamaban verbalmente, tan sólo decían: «Eh, tú». El lenguaje hablado no era su fuerte.

El comedor era un edificio rectangular hecho de ladrillos. Se hallaba conectado con uno de los domos grandes. Tenía una débil iluminación. Luego supe que las luces habían sido encendidas sólo por mí. Los niños no las necesitaban para nada excepto para leer. Seguí sujetando la mano de Rosa, feliz por tener un guía. Mantuve mis ojos y mis oídos abiertos.

-Aquí no usamos formalidades -dijo Rosa. Su voz sonaba incómodamente fuerte en la amplia estancia. Nadie más hablaba; tan sólo se oían los sonidos de los movimientos y las respiraciones. Algunos de los niños alzaron la vista -. Luego haremos las presentaciones. Ahora, considérate parte de la familia, y nada más. La gente querrá tocarte más tarde, y podrás hablarles. Deja tus ropas en la parte de afuera de la puerta si quieres.

No tenía ningún problema con aquello. Todo el mundo iba desnudo allí, y a mí me resultaba muy fácil por aquel entonces acomodarme a las costumbres de mis anfitriones. Uno se quita los zapatos en el Japón, las ropas en Taos. ¿Cuál es la diferencia?

Bueno. realmente había una. Aquí todo el mundo se tocaba sin cesar. Se tocaban los unos a los otros, tan rutinariamente como nosotros nos miramos. Todos tocaban primero mi rostro, luego me seguían tocando por todas partes de mi cuerpo con lo que parecía la inocencia más total. Como siempre. no era exactamente tal como parecía. No era inocente, ni tampoco el tratamiento habitual que se otorgaban los unos a los otros. Se tocaban mutuamente los genitales mucho más de lo que tocaban los míos. No querían que me asustara. Eran muy educados con los extraños.

Había una mesa larga y baja, con la gente sentada en el suelo a su alrededor. Rosa me condujo hasta ella.

¿Ves las zonas despejadas del suelo? Permanece alejado de ellas. No pongas nada en ellas. Son para ir de un lado a otro. Nunca cambies nada de sitio. Muebles, me refiero. Esos cambios deben ser decididos en las reuniones plenarias, a fin de que todo el mundo lo sepa. Las cosas pequeñas tampoco. Si coges algo, vuelve a dejarlo exactamente donde estaba.

- Entiendo.

Trajeron boles y fuentes de comida de la adjunta cocina. Los dejaron sobre la mesa. y los comensales empezaron a palparlos. Comían con los dedos, sin platos, y lo hacían lenta y voluptuosamente. Oían largo rato las cosas antes de decidirse a tomar un pedazo. Comer era un acto muy sensual para aquella gente.

Eran unos cocineros extraordinarios. Nunca, ni antes ni después, he comido tan bien como lo hice en Keller. (Ese es mi nombre para aquel lugar. en lenguaje hablado, aunque su nombre en corporal era algo muy parecido. Cuando yo lo llamaba Keller, todo el mundo sabía de qué hablaba.) Utilizaban productos excelentes y frescos como materia prima, algo que es difícil de encontrar en las ciudades, y los cocinaban con maestría e imaginación. No había nada parecido en ninguna cocina estatal que yo hubiera probado antes. Improvisaban, y casi nunca cocinaban la misma cosa dos veces de la misma forma.

Me senté entre Rosa y el hombre que había estado a punto de atropellarme. Me atiborré desvergonzadamente. Aquello estaba tan lejos del correoso buey y de la cartulina orgánica desecada que comía normalmente que me resultó imposible resistirme. Me entretuve saboreándolo, pero, pese a todo, yo terminé antes que todos los demás. Les observé mientras me echaba un poco hacia atrás en mi posición sentada y me preguntaba si tanta comida iba a sentarme mal (no fue así, gracias a Dios). Se daban la

comida los unos a los otros, a veces levantándose y rodeando la mesa para ofrecer un bocado especial a un amigo del otro lado. Yo también era alimentado de la misma forma por la mayoría de ellos, y estaba ya a punto de estallar cuando aprendí una escueta frase en lenguaje táctil, diciendo que estaba lleno a rebosar. Aprendí de Rosa que una forma amistosa de rechazar algo era ofrecer uno a su vez.

De momento, yo no tenía otra cosa que hacer más que darle de comer a Rosa y mirar a los demás. Empecé a ser más observador. Había creído que comían en soledad, pero pronto me di cuenta de que una viva conversación fluía de un lado a otro de la mesa. Las manos eran rápidas, se movían casi demasiado rápidas como para verlas. Se movían en las palmas de los demás. en los hombros, piernas, brazos, vientres; en todas las partes de cuerpo. Observé con sorpresa cómo una ristra de carcajadas brotaba como fichas de dominó cayendo una tras otra de un extremo al otro de la mesa a medida que una ocurrencia pasaba de mano en mano. Era rápido. Si miraba con atención, podía ver cómo los pensamientos se movían, alcanzando a una persona, siendo transmitidos mientras una respuesta llegaba en dirección opuesta y era transmitida a su vez, lo que originaba otras réplicas a todo lo largo de la hilera y se movían de uno a otro lado. Era como un oleaje, como agua.

Resultaba bastante sucio. Compréndanlo: cuando uno come con los dedos y habla con las manos, lo más probable es que se manche. Pero a nadie parecía importarle. A mí, desde luego, no me preocupaba. Estaba demasiado imbuido en mi sensación de sentirme, en cierto modo, algo aparte. Rosa me hablaba, pero yo estaba empezando a comprender lo que suponía ser sordo. Aquellas gentes eran amigables y parecía que yo les caía bien, pero no podían hacer nada al respecto. Nos veíamos en la imposibilidad de comunicarnos.

Después salimos fuera todos juntos, excepto el equipo encargado de la limpieza, y tomamos un baño bajo una batería de duchas de donde brotaba un agua muy fría. Le dije a Rosa que quería ayudar con la limpieza de los platos, pero ella me respondió que lo único que haría sería molestar. No podía hacer nada en Keller hasta que aprendiera sus formas muy específicas de hacer las cosas. Ella parecía dar por sentado que iba a quedarme el tiempo suficiente como para aprenderlo.

Volvimos a entrar en el edificio para secarnos, lo cual hicieron con su habitual camaradería de perritos juguetones, convirtiéndolo en un juego. secándose los unos a los otros, y luego penetramos en el domo.

El interior era cálido. cálido y oscuro. La luz penetraba por el pasillo que conducía al comedor, pero no bastaba para apagar el brillo de las estrellas que se filtraba a través del mosaico de paneles triangulares sobre nuestras cabezas. Era casi como estar al aire libre.

Rosa se apresuró a hacerme partícipe de la etiqueta que se debía observar dentro del domo. No era difícil de seguir, pero yo seguía replegado sobre mí a fin de evitar un tropezón con alguien si entraba en una pista de circulación.

Mis falsas interpretaciones me ganaban de nuevo. No había el menor sonido excepto el suave roce de carne contra carne, así que pensé que estaba metido en una orgía. Había participado en otras antes, en otras comunas, y se parecían mucho a ésta. Rápidamente me di cuenta de que estaba equivocado, y sólo más tarde descubrí que había estado en lo cierto. En un sentido.

Lo que invalidaba mis ideas por completo era el simple hecho de que la conversación de grupo entre aquella gente tenía que parecer una orgía. Las observaciones más sutiles que hice más tarde indicaron que cuando un centenar de cuerpos desnudos se rozan, se frotan. se besan, se acarician, todo al mismo tiempo, ¿cuál es el punto que señala la diferencia? No había ninguna diferencia.

Debo hacer constar que utilizo la palabra «orgía» sólo en el sentido de dar una idea general de mucha gente en íntimo contacto. No me gusta la palabra. está demasiado llena de connotaciones. Pero yo mismo aceptaba esas connotaciones por aquel tiempo, así que me sentí aliviado de ver que no se trataba de una orgía. Aquellas en las que había participado habían sido tediosas e impersonales, y yo esperaba algo mejor de aquella gente.

Muchos se abrieron camino entre la multitud para venir hacia mí y reunirse conmigo. Nunca más de uno a la vez; eran constantemente conscientes de las circunstancias y aguardaban su turno para hablarme. Por supuesto, no me di cuenta de ello entonces. Rosa se sentó conmigo para traducirme los pensamientos más complicados. Finalmente fui usando cada vez menos las palabras, a medida que captaba el espíritu de la visión y de la comprensión táctiles. Ninguno parecía conocerme realmente hasta que habían tocado cada parte de mi cuerpo, así que sus manos estaban todo el tiempo sobre mí. Tímidamente, hice lo mismo.

Con todo ese tocar, rápidamente entré en erección, lo cual no dejó de azararme. Me reprendí a mí mismo por ser incapaz de contener mis respuestas sexuales. por no operar al mismo plano intelectual que suponía ellos utilizaban, cuando me di cuenta con una cierta impresión de que la pareja que se hallaba a mi lado estaba haciendo el amor. Llevaban haciéndolo durante al menos los últimos diez minutos en realidad, y había parecido algo tan natural dentro del esquema de lo que sucedía, que lo había observado sin haberlo observado en realidad.

Tan pronto me di cuenta de ello, me pregunté si era así realmente. ¿Estaban haciendo el amor? Sus movimientos eran muy lentos y la luz, mala. Pero ella tenía las piernas separadas y alzadas, y él estaba sobre ella, al menos de eso estaba seguro. Era una idiotez, pero debía saberlo. Necesitaba descubrir de qué demonios se trataba. ¿Cómo puede uno ofrecer las respuestas sociales si ignora la situación?

Yo era muy sensible al comportamiento social tras los varios meses que había pasado en las distintas comunidades. Me había convertido en un adepto y rezado las plegarias antes de cenar en una, cantado el Hare Krishna en otra, y unido alegremente al nudismo en otra más. Se dice:

«A donde fueres, haz lo que vieres», y si uno no se puede adaptar, es mejor que no vaya. Me arrodillaría en La Meca, eructaría tras las comidas, brindaría por todo lo que se me propusiera, comería arroz orgánico y felicitaría al cocinero; pero para hacer todo eso correctamente, uno necesita conocer las costumbres. Allí creía conocerlas, pero había tenido que cambiar de opinión tres veces en pocos minutos.

Estaban haciendo el amor, en el sentido de que él la penetraba. Se hallaban también profundamente absortos el uno en el otro. Sus manos aleteaban como mariposas por el otro cuerpo, cargadas de significados que yo no podía ver sentir. Pero estaban siendo tocados -y tocaban -por mucha otra gente a su alrededor. Hablaban con toda esa gente. incluso si el mensaje era algo tan simple como una palmada en la frente o en el brazo.

Rosa se dio cuenta de lo que atraía mi atención. Estaba más o menos enroscada en torno a mí, sin hacer en realidad nada que yo pudiera considerar provocativo. Simplemente, no podía decidir. Parecía tan inocente.... y, sin embargo, no lo era.

Son... y... dijo (los puntos suspensivos indican una serie de movimientos de su mano contra mi palma).

Nunca aprendí un sonido o una palabra que indicara un nombre para ninguno de ellos, excepto Rosa, y no puedo reproducir los nombres corporales que tenían. Rosa se estiró un poco y tocó con el pie a la mujer. Esta sonrió, sujetó el pie de Rosa, y sus dedos se movieron.

A ... le gustaría hablar contigo más tarde me dijo Rosa~. Después de que termine de hablar con ... Te encontraste con ella antes. ¿recuerdas? Dice que le gustan tus manos.

Ahora todo esto suena estúpido, lo sé. También me sonó estúpido entonces. Me di cuenta de que el significado que ella le daba a la palabra «hablar» y el significado que yo le daba estaban a kilómetros de distancia. Hablar, para ella, significaba un complejo intercambio que implicaba todas las partes del cuerpo. Ella podía leer palabras o emociones en cada contracción de mis músculos, como un detector de mentiras. El sonido era una ínfima parte de la comunicación; algo que utilizaba para comunicarme con los de fuera. Rosa hablaba con todo su ser.

Apenas había captado la mitad del significado de todo aquello, pero incluso así bastaba para cambiar mi opinión con respecto a aquella gente por entero. Ellos hablaban con sus cuerpos. No lo hacían sólo con las manos, como yo había pensado. Cualquier parte del cuerpo en contacto con cualquier otro era comunicación, a veces de un tipo muy simple y básico -piénsese en la bombilla de McLuhan como el medio básico de información~, quizá no diciendo más que «estoy aquí». Pero hablar era hablar, y si la conversación evolucionaba hasta un punto en el que necesitabas hablarle a otro con tus genitales, eso era simplemente una parte más de la conversación. Lo que yo deseaba saber era: ¿qué estaban diciendo? Sabía, incluso en aquel fugaz instante de realización, que había allí mucho más de lo que yo podía captar. Seguro, dirán ustedes. Sabemos lo que es hablar con tu amante con todo tu cuerpo cuando haces el amor. No es ninguna idea nueva. Por supuesto que no, pero piensen en lo maravillosa que es esa forma de hablar, incluso para alguien que no está primariamente orientado a la comunicación táctil. ¿Pueden ustedes desarrollar su pensamiento a partir de ahí, o están condenados a ser unos gusanos de tierra que se esfuerzan en pensar en puestas de sol?

Mientras me sucedía todo eso, había una mujer que estaba tomando conocimiento de mi cuerpo. Sus manos se hallaban sobre mí, en mis muslos, cuando me sentí eyacular. Fue una enorme sorpresa para mí,

pero para nadie más. Durante varios minutos, había estado diciéndole a todo el mundo a mi alrededor, por medio de los signos que ellos podían notar con sus manos, que aquello iba a ocurrir. Casi podía comprenderles mientras transmitían tiernos pensamientos hacia mí. De todos modos, capté su sustancia, si no sus palabras. Me sentí terriblemente embarazado tan sólo durante un instante; luego, todo pasó, y dejó lugar a una tranquila aceptación. Era muy intensa. Durante mucho rato no pude recuperar el aliento.

La mujer que había sido la causa de todo tocó mis labios con sus dedos. El toque fue lento, pero significativo, estuve seguro de ello. Luego, se mezcló con el resto del grupo.

-¿Qué ha querido decirme? -pregunté a Rosa.

Ella me sonrió.

-Ya lo sabes, por supuesto. Si dejaras de hablar con la boca...

En esencia, significaba: «Qué bueno para ti». También puede traducirse por: «Qué bueno para mí». Y «mí», en este sentido, significa todos nosotros. El organismo.

Supe que debía quedarme y aprender a hablar.

La comunidad tuvo sus altos y sus bajos. En general, ya los esperaban, pero no sabían qué forma iban a adoptar.

El invierno mató a la mayor parte de los árboles frutales. Los reemplazaron con especies híbridas. Perdieron gran parte de la sementera y el estiércol con los vendavales, debido a que el trébol no había tenido tiempo de arraigar lo suficiente. Su programa había sido completamente alterado por las acciones judiciales, y en realidad las cosas no empezaron hasta pasado más de un año.

Todos los peces murieron. Usaron sus cuerpos como fertilizantes y estudiaron qué era lo que podía haber ido mal. Estaban utilizando una ecología en tres estadios del tipo puesto a punto por los Nueve Alquimistas en los años setenta. Consistía en tres estanques protegidos por domos; uno con peces, otro con conchas trituradas y bacterias en una sección y algas en otra, y un tercero estaba lleno de dafnias. El agua que se llevaba los desechos de los peces del primer estanque era bombeada a través de las conchas y las bacterias, que eliminaban sus toxinas y convertían el amoníaco que contenían en fertilizante para las algas. El agua de las algas era bombeada al tercer estanque para alimentar a las dafnias. Luego, dafnias y algas eran bombeadas a su vez al estanque de los peces como alimento, y se utilizaba el agua enriquecida para fertilizar las plantas de invernadero de todos los domos.

Comprobaron el agua y los abonos y descubrieron que algunas sustancias químicas se desprendían de las impurezas de las conchas y se concentraban a lo largo de la cadena alimentaria. Tras una cuidadosa limpieza, volvieron a empezar y todo fue bien. Pero habían perdido su primera cosecha.

Nunca llegaron a tener hambre. Como tampoco frío; había suficiente luz solar a lo largo del año como para proporcionar energía para las bombas y el ciclo alimentario y para calentar sus viviendas. Habían edificado todas sus instalaciones semienterradas, a fin de aprovechar los poderes de calefacción y refrigeración de las corrientes de convección. Pero tuvieron que gastar parte de su capital. El primer año cerraron el ejercicio con pérdidas.

Uno de sus edificios se incendió durante el primer invierno. Dos hombres y una niña resultaron muertos cuando un sistema automático de irrigación antiincendios funcionó mal. Fue un shock para todos ellos. Habían pensado que las cosas funcionarían tal como esperaban. Ninguno de ellos sabía mucho acerca de la publicidad de las casas comerciales, acerca de sus estimaciones frente a las realidades. Descubrieron que varias de sus instalaciones no concordaban con las especificaciones, e instituyeron un programa de revisiones periódicas sobre todo. Aprendieron a desarmar y a reparar cualquier cosa de la granja. Si algo contenía componentes electrónicos demasiado complejos para ellos, lo arrancaban y lo sustituían por algo más sencillo.

A nivel social, sus progresos fueron mucho más alentadores. Janet había decidido, juiciosa, que tan sólo

habría dos objetivos irrenunciables e inmediatos en el campo de sus relaciones. El primero era que ella se negaba a ser su presidente, jefe o comandante supremo. Desde el principio había comprendido que era necesaria una personalidad dirigente para llevar a cabo los planes, comprar la infraestructura y dar un sentido de finalidad a sus vagos deseos de una alternativa, Pero una vez en la tierra prometida, renunció. Desde ese momento funcionarían como un comunismo democrático. Si eso fallaba, adoptarían un nuevo enfoque. Cualquier cosa menos una dictadura con ella a la cabeza. No deseaba tomar parte en eso.

El segundo principio era no aceptar nada. Nunca había existido una comunidad de sordomudociegos que funcionara por sí misma. No tenían esperanzas de satisfacer a los demás, no necesitaban vivir como aquellos que veían hacían. Estaban solos. No tenían a nadie para decirles «eso no se hace».

No tenían una idea muy clara de su sociedad. como tampoco la tenían de cualquier otra. Se habían visto forzados a introducirse en un molde que no se correspondía a sus necesidades, pero, más allá de eso, no sabían nada. Buscarían un comportamiento que tuviera sentido para ellos, las cosas morales que se supone deben hacer los sordomudociegos. Comprendían los fundamentos básicos de la moral: que nada es moral para siempre y que cualquier cosa es moral bajo las circunstancias adecuadas. Todo es cuestión de contexto social. Estaban empezando desde cero, con una hoja en blanco; no tenían modelos que seguir.

A finales del segundo año tenían su contexto. Lo modificaban continuamente, pero el esquema básico estaba trazado. Se conocían a sí mismos y sabían lo que eran como nunca antes habían sido capaces de saberlo en la escuela. Se definieron a sí mismos en sus propios términos.

Pasé el primer día en Keller en la escuela. Era un paso obvio y necesario. Tenía que aprender a hablar con las manos.

Rosa era amable y muy paciente. Aprendí el alfabeto básico y practiqué duro con él. Por la tarde, ella se negó a hablarme, me obligó a hablar con las manos. Transigía tan sólo cuando yo me ponía muy firme, y, finalmente, ni siquiera entonces. Al tercer día, ya ni siquiera pronunciaba una palabra.

Eso no quiere decir que, de pronto, yo hablara de un modo fluido con las manos. En absoluto. A finales del primer día conocía el alfabeto y podía hacerme entender con hartos trabajos. No era tan bueno leyendo las palabras deletreadas en mi propia palma. Durante mucho tiempo, tuve que mirar la mano para ver qué era lo que me deletreaban. Pero como cualquier otro lenguaje, llega un momento en que empiezas a pensar en él. Yo hablo con fluidez el francés, y puedo recordar mi sorpresa cuando al fin alcancé el punto en que ya no traducía mis pensamientos antes de hablar. Alcancé ese punto en Keller a las dos semanas aproximadamente.

Recuerdo una de las últimas cosas que le pregunté a Rosa en lenguaje oral. Era algo que me preocupaba.

-Rosa, ¿soy bienvenido aquí?

-Llevas aquí tres días. ¿Te sientes rechazado?

-No, no es eso. Creo que sólo necesito saber cuál es vuestra política con respecto a la gente del exterior. ¿Durante cuánto tiempo seré bienvenido?

Ella frunció el ceño. Fue evidente que se trataba de una pregunta nueva para ella.

-Bueno, en realidad hasta que la mayoría de nosotros decidamos que te vayas. Pero eso no ha ocurrido nunca. Nadie ha permanecido aquí mucho más de unos pocos días. Nunca hemos tenido que trazarnos una política acerca de qué hacer, por ejemplo, si alguien que ve y oye decide unirse a nosotros. Nadie lo ha hecho hasta ahora, pero supongo que puede ocurrir. Mi opinión es que no lo aceptarían. Son muy independientes y orgullosos de su libertad, aunque tú tal vez no te hayas dado cuenta de ello. Sin embargo, mientras sigas considerándote como un huésped, probablemente podrás quedarte veinte años o más.

-Hablas de «ellos». ¿Tú no te incluyes en el grupo?

Por primera vez pareció un poco insegura. Me hubiera gustado haber sido mejor en la lectura del lenguaje corporal en aquel momento. Creo que mis manos habrían podido decirme montones de cosas acerca de lo que ella pensaba.

-Por supuesto -dijo-. Los niños forman parte del grupo. Nos gusta el grupo. Te aseguro que no desearía vivir en ningún otro lugar, por lo que conozco del exterior.

-No te lo reprocho. -Había cosas que me hubiera gustado preguntar también; sin embargo, no sabía aún lo suficiente para hacer las preguntas adecuadas-. Pero ¿nunca ha resultado un problema el hecho de que vosotros veáis mientras ninguno de vuestros padres puede? ¿No se sienten... resentidos en cierto modo?

Esa vez se echó a reír.

-Oh, no. En absoluto. Son demasiado independientes para eso. Ya lo has visto. No nos necesitan para nada que no puedan hacer por sí mismos. Formamos parte de una familia. Hacemos las mismas cosas que ellos. Y no les importa. El que nosotros veamos, quiero decir. Y oigamos. Mira a tu alrededor, ¿acaso tengo alguna ventaja especial debido a que puedo ver adónde voy?

Hube de admitir que no la tenía. Sin embargo, seguía teniendo el atisbo de algo que ella no me decía.

-Sé lo que te preocupa. Acerca de quedarte aquí.

Volvía de nuevo a mi pregunta original; había estado divagando.

-¿Qué?

-No te sientes que formas parte de la vida cotidiana. No participas, no compartes las tareas. Eres muy consciente de ello y desearías hacer tu parte. Se te nota.

Había leído correctamente en mí, como siempre, y lo admití.

-Y no serás capaz hasta que puedas hablar con todo el mundo. Así que volvamos a nuestras lecciones. Tus dedos son aún muy torpes.

Había mucho trabajo por hacer. Debía aprender a tomármelo con calma. Eran trabajadores lentos y metódicos, cometían pocos errores, y no les importaba que un trabajo ocupara todo el día si quedaba bien hecho. Cuando yo hacía mi labor solo, no tenía que preocuparme al respecto: barrer, recoger manzanas, limpiar los jardines. Pero si se hacía en equipo, debía aprender un nuevo ritmo. La visión capacita a una persona para ejecutar muchos aspectos de un trabajo tan sólo mediante una simple ojeada. Una persona ciega realizará los diversos aspectos de un trabajo uno por uno. Todo debe ser verificado por el tacto. Sin embargo, ante un banco de trabajo, podían ser mucho más rápidos que yo. Y hacerme sentir que yo estaba trabajando con los dedos de los pies, en lugar de con los de las manos.

Nunca sugerí que pudiera hacer alguna cosa con más rapidez que ellos gracias a mi vista o a mi oído. Sin duda, me hubieran respondido que me metiera en mis propios asuntos. Aceptar la ayuda de una persona dotada de la vista era el primer paso para la dependencia, y, después de todo, ellos seguirían allí con los mismos trabajos cuando yo me hubiera ido.

Eso me hacía pensar de nuevo en los niños. Empezaba a sentir la convicción de que había una corriente subterránea de resentimiento, quizá inconsciente, entre padres e hijos. Era obvio que existía una gran cantidad de amor entre ellos, pero ¿cómo podían los niños dejar de sentir el rechazo de su talento? Ese era, al menos, mi razonamiento.

Me adapté rápidamente a la rutina. Era tratado ni mejor ni peor que cualquier otro, lo cual era satisfactorio para mí. Aunque nunca llegara a formar parte del grupo, ni siquiera pese a que yo lo deseara, no había absolutamente ningún indicio de que no fuera un miembro completo. Así era precisamente como trataban a sus huéspedes; como a uno más de sus miembros.

La vida resultaba mucho más satisfactoria de lo que había sido nunca en las ciudades. Aquella paz bucólica no era atributo único de Keller, pero la gente de allí la recibía como una ayuda generosa. La tierra bajo los pies descalzos es algo que nunca se podrá sentir en un parque de la ciudad.

La vida cotidiana era ajetreada y satisfactoria. Había pollos y cerdos que alimentar, abejas y ovejas a las

que cuidar, peces que pescar, vacas que ordeñar. Todo el mundo trabajaba: hombres, mujeres y niños. Todos parecían ser capaces de cualquier cosa sin esfuerzo aparente. Daban la sensación de saber lo que debían hacer cuando se necesitaba hacer algo. Uno podría pensar en ello como en una máquina bien engrasada, pero nunca me ha gustado esa metáfora, en especial relacionada con la gente. Pienso en Keller como en un organismo. Cualquier grupo esencial lo es, pero éste funcionaba. La mayor parte de las demás comunidades que yo había visitado mostraban flagrantes lagunas. Las cosas no se hacían porque todos estaban demasiado borrachos, o no se preocupaban, o no veían la necesidad de hacerlo antes que cualquier otra cosa. Ese tipo de ignorancia conduce al tifus y a la erosión del suelo, y a la gente helándose hasta morir, y a las invasiones de asistentes sociales que se llevan a los hijos. Yo había visto cómo ocurría.

Allí no. Tenían una buena imagen del mundo tal como es, no las rosadas malinterpretaciones que dan pie a los utopistas para elaborar sus ensoñaciones. Hacían los trabajos que era necesario hacer.

Nunca podría detallar todas las tuercas y los tornillos (de nuevo la metáfora de la máquina) gracias a los cuales el conjunto funcionaba. Sólo las lagunas del ciclo de los peces ya eran lo bastante complicadas como para desconcertarme. Maté una araña en uno de los invernaderos, y luego descubrí que había sido colocada allí para que se comiera a una clase específica de insectos depredadores de las plantas. Igual podía decirse de las ranas. Había insectos en el agua que mataban a otros insectos; llegué al extremo de que temía aplastar una cachipolla sin consentimiento previo.

A medida que transcurrían los días, me iban contando algo de la historia del lugar. Se habían cometido errores, aunque sorprendentemente pocos. Uno de ellos había ocurrido en el área de la defensa. Era algo que no habían previsto al principio, debido a no saber mucho acerca de la brutalidad y la violencia desenfrenadas que llegan incluso a los rincones más apartados. Las armas eran la elección lógica y preferida en cualquier lugar, pero allí estaban más allá de sus capacidades.

Una noche, apareció una furgoneta llena de hombres que habían bebido demasiado. Habían oído hablar de aquel lugar en la ciudad. Se quedaron ahí dos días, tras cortar las líneas telefónicas, y violaron a la mayoría de las mujeres.

Una vez la invasión se hubo ido, discutieron todas las posibles opciones, y eligieron la orgánica. Compraron cinco perros pastores alemanes. No las desgraciadas bestias psicóticas que son vendidas en el mercado como «perros de ataque», sino perros entrenados especialmente por una firma recomendada por la policía de Albuquerque. Fueron adiestrados como lazarillos y perros policías a un tiempo. Eran inofensivos a menos que un extraño mostrara indicios agresivos, en cuyo caso, habían sido adiestrados no para desarmar, sino para saltarle a la garganta.

Funcionó, como la mayor parte de sus soluciones. La segunda invasión de desalmados dio como resultado dos muertos y tres heridos graves, todos ellos del otro bando. Como precaución suplementaria en caso de un ataque combinado, contrataron a un ex marine para que les enseñara los fundamentos de la lucha cuerpo a cuerpo, incluidos los golpes sucios. Dejaron de ser inocentes muchachitos.

Había tres soberbias comidas al día. Y también tiempo libre. No todo era trabajo. Tenían tiempo para ir con un amigo a sentarse sobre la hierba bajo un árbol, normalmente al atardecer, antes de la gran cena. También para que alguien interrumpiera su trabajo por unos pocos minutos, para compartir algún momento especial. Recuerdo haber sido tomado de la mano por una mujer -a la que llamaré Alta con -los-ojos-verdes-, y conducido hasta un lugar donde las setas estaban creciendo en un espacio resguardado detrás del establo. Reptamos hasta allí hasta que nuestros rostros casi se hundieron en el estiércol; tomamos unas cuantas, y las oímos. Ella me enseñó a escogerías. Pocas semanas atrás hubiera pensado que así arruinábamos su belleza, pero, después de todo, su belleza era sólo visual. Yo empezaba a desconfiar realmente de ese sentido nuestro, tan alejado de la esencia misma de los objetos. Ella me mostró que también había belleza en su tacto y en su olor, después de que, en apariencia, las hubiéramos destruido. Luego corrimos hasta la cocina con la cosecha recogida en su delantal. Aquella noche fueron más sabrosas aún al gusto.

Y recuerdo a un hombre -al que llamaré Calvo- que me trajo un madero, cepillado por él y su mujer en la carpintería. Toqué su suavidad y lo oí, y tuve que convenir con él en que era algo realmente bueno.

Y tras la cena, la Unión.



Durante mi tercera semana allí tuve una indicación de mi status en el grupo. Fue la primera prueba auténtica de lo que yo significaba para ellos. Nada especial, creo. Deseaba verles a todos ellos como a mis amigos, y supongo que me sentía un poco trastornado ante la idea de que cualquiera que llegara vagando hasta allí iba a ser tratado de la misma forma que yo. Era algo pueril e injusto con ellos, y sólo más tarde fui consciente de mi absurdo resentimiento.

Había estado transportando agua en un cubo hasta el campo donde acababa de ser plantado un árbol. Había una manguera para ello, pero la tenían ocupada en el otro extremo de la aldea. El árbol no se hallaba dentro del radio de acción del riego automático y se secaba, Yo le llevaba agua hasta que hallaran otra solución.

Hacía calor, era el mediodía. Llené el cubo de agua en una toma, cerca de la fragua. Dejé el cubo en el suelo tras de mí, y metí la cabeza bajo el chorro. Llevaba una camisa de algodón que me había desabrochado. El agua, al caer de mis cabellos y empapar mi camisa, era un alivio. Permanecí allí refrescándome durante casi un minuto.

Hubo el ruido de un choque detrás de mí, y golpeé mi cabeza contra la toma de agua al levantarla con excesiva rapidez. Me volví y vi a una mujer tendida en el suelo, con el rostro en el suelo. Se volvía lentamente mientras se agarraba la rodilla. Me di cuenta con un sentimiento de desmoralización, de que había tropezado con el cubo que yo había dejado descuidadamente en la pista de cemento de alta velocidad. Piensen en ello: andan ustedes con rapidez por un sendero que creen libre de todo obstáculo, y, de repente se encuentran tendidos en el suelo. Su sistema funcionaba sólo con confianza y esta debía ser total. Todo el mundo debía ser responsable de sus actos en todo momento. Yo había sido aceptado en razón de esta misma confianza que con tanto descuido había traicionado. Me sentí enfermo.

Tenía un feo corte en la rodilla izquierda, por el que manaba la sangre en abundancia, lo palpó con sus manos, sentada en el suelo, y empezó a gritar. Fue algo extraño, doloroso. Las lágrimas brotaron de sus ojos, luego empezó a golpear el suelo con los puños, gimiendo: «Huy, huy, huy!» a cada golpe. Estaba rabiosa, y tenía todo el derecho.

Encontró el cubo en el momento en que yo llegaba vacilante a su lado. Se aferró a mi mano y siguió brazo arriba hasta mi rostro. Tanteó mi rostro, llorandó todo el tiempo; luego se limpió la nariz y se puso en pie. Echó a andar hacia uno de los edificios. Cojeaba ligeramente.

Me dejé caer sentado al suelo, sintiéndome fatal. No sabía qué hacer.

Uno de los hombres vino a mi encuentro. Era «Hombretón». Yo le llamaba así por ser el más alto y fornido de todo Keller. No era ninguna especie de policía. Supe más tarde: había sido el primero con quien la mujer se había topado. Tomó mi mano y palpó mi rostro. Vilas lágrimas brotar de sus ojos cuando captó las emociones que cruzaban por mí. Me pidió que fuera dentro con él.

Había sido convocada una reunión de emergencia. Podía llamarse algo así como un jurado. Se encontraba formado por todos los que estaban disponibles en aquel momento, incluidos algunos niños. Eran diez o doce. Todos parecían muy tristes. La mujer a la que yo había lastimado se encontraba allí, y era consolada por tres o cuatro personas. La llamaré «Cicatriz», a causa de la apreciable señal que le quedó en la rodilla desde entonces.

Ninguno dejaba de decirme -con las manos, ya entienden- cuánto lo lamentaba por mí. Me palmeaban y me acariciaban, intentando animarme un poco.

Rosa llegó al instante. Había sido llamada para actuar como traductora si era necesario. Puesto que se trataba de un proceso formal, era necesario que se aseguraran de que yo comprendía todo lo que estaba ocurriendo. Fue hacia «Cicatriz» y lloró un momento con ella, luego vino hacia mí y me abrazó con fuerza, diciéndome con sus manos lo triste que se sentía por lo que había ocurrido. Mentalmente, yo hacía las maletas. No parecía haber ninguna salida excepto expulsarme.

Luego, todos nos sentamos en el suelo. Estábamos muy juntos, en círculo. El juicio empezó.

La mayor parte de él se realizó en lenguaje táctil, con Rosa limitándose a pronunciar algunas pocas palabras aquí y allá. Yo apenas sabía quién decía qué, pero no tenía demasiada importancia. Era el grupo el que hablaba como una sola persona. Ninguna afirmación llegaba hasta mí antes de convertirse en un consenso total.

-Estás acusado de haber violado las reglas -dijo el grupo- y de haber sido causante de un daño a (la mujer a la que yo llamo "Cicatriz"). ¿Estás en desacuerdo con eso? ¿Hay algún otro hecho que debamos conocer?

-No -respondí-. Soy responsable. Ha sido una negligencia por mi parte.

-Comprendemos. Simpatizamos contigo en tus remordimientos, los cuales son evidentes para todos nosotros. Pero la negligencia es una violación. ¿Puedes entenderlo? Esa es la infracción por la cual...

Marcaron una serie de señales en lenguaje táctil abreviado.

-¿Qué es eso'? -pregunté a Rosa,

-Eh... ¿Compareces ante nosotros? ¿Eres sometido a juicio?

Se encogió de hombros, no satisfecha con su interpretación.

-Sí. Entiendo.

-Puesto que los hechos no han sido impugnados, se admite que eres culpable. -«Responsable», susurró Rosa en mi oído-. Retírate unos instantes mientras tomamos una decisión.

Me aparté y permanecí de pie junto a la pared. Me esforcé en no mirar hacia ellos mientras discutían por medio de sus manos unidas. Sentía un nudo en la garganta que me impedía tragar. Luego se me pidió que volviera a mi sitio en el círculo.

-La sanción por tu delito está establecida por la costumbre. De no haber sido así, hubiéramos preferido obrar de otra manera. Tienes la posibilidad de elegir entre aceptar el castigo previsto al caso, y lavar así la ofensa, o renunciar a nuestra jurisdicción y abandonar este lugar. ¿Cuál es tu elección?

Hice que Rosa me lo repitiera, pues era muy importante que yo supiera qué me estaban ofreciendo. Cuando estuve seguro de que lo había interpretado bien, acepté su castigo sin ninguna vacilación. Les estaba muy agradecido de que me ofrecieran una alternativa.

-Muy bien. Has elegido ser tratado como trataríamos a uno de nosotros que hubiera cometido la misma acción. Acompáñanos.

Todos se me acercaron. Nadie me dijo qué era lo que iba a ocurrir a continuación. Me empujaban con suavidad y firmeza hacia delante desde otras direcciones,

«Cicatriz» estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, más o menos en el centro del grupo. Lloraba de nuevo, y también lloraba yo, creo. Es difícil recordarlo. Me encontré tendido boca abajo sobre sus rodillas. Y ella empezó a zurrarme fuertemente en las nalgas.

Nunca se me ha ocurrido pensar que aquello fuera increíble o extraño. Seguía de forma natural el desarrollo de la situación. Todos me sujetaban y me acariciaban, inscribiendo su apoyo en mis palmas, piernas, cuello y mejillas. Todos llorábamos. Era un momento difícil que debía ser afrontado por todo el grupo. Llegaron algunos más y se unieron a nosotros. Yo comprendí que aquel castigo me llegaba de todos, aunque sólo la persona agraviada, «Cicatriz», lo llevara materialmente a término. Esa era una de las formas en que la había herido, más allá del hecho de haberle lesionado una rodilla. La había enfrentado con la obligación de administrarme un correctivo, y por eso sollozaba con tanto dolor, no por su herida, sino por el dolor de saber que debía golpearme.

Más tarde, Rosa me dijo que fue «Cicatriz» quien había solicitado que me dieran la opción de quedarme. Algunos deseaban que fuera expulsado sin más trámite, pero ella me hizo el honor de considerar que yo era lo bastante buena persona como para merecer que ambos, ella y yo, pasáramos por aquella prueba. Si ustedes no pueden comprender esto, es que no han captado el sentimiento de comunidad que emanaba de aquella gente.

Aquello duró largo tiempo. Fue muy doloroso, pero no cruel. No era una humillación primaria. Había algo de eso, por supuesto. Pero, en esencia, era una lección práctica planteada en los términos más directos.

Cada uno de ellos había pasado por lo mismo durante los primeros meses, pero no recientemente. Uno aprendía de ello, créanme.

Más tarde, pensé mucho en todo aquello. Intenté pensar en qué otra cosa podrían haber hecho. Zurrarle en el trasero a una persona adulta es realmente insólito, pero esa idea no se me ocurrió hasta mucho tiempo después de que todo hubiera ocurrido. Parecía algo tan natural mientras sucedía que ni siquiera podía pensar en aquellos momentos en lo insólito de la situación.

Actuaban de un modo semejante con los niños, pero con el castigo más suave y corto. La responsabilidad era menor para los más jóvenes. Los adultos no concedían tanta importancia a un chichón o una rodilla lastimada mientras los niños aprendían.

Pero cuando uno alcanzaba lo que ellos consideraban la edad adulta -lo cual ocurría cuando una mayoría de adultos consideraba que uno la había alcanzado o cuando uno mismo asumía ese privilegio-, entonces, la sanción se hacía realmente seria.

Había un castigo, más duro aún, reservado para las reincidencias o los actos efectuados con premeditación. No se utilizaba a menudo. Consistía en el «Ostracismo». Nadie quería tocarte durante un período específico de tiempo. Cuando me lo contaron, consideré que era un castigo en extremo severo. No necesité que me lo aclarasen.

No sé cómo explicarlo con exactitud, pero aquel correctivo que recibí me fue administrado con tanto amor que no me sentí humillado. «Me duele tanto como a ti.» «Lo hago por tu propio bien.» «Te quiero, por eso te golpeo.» Me estaban haciendo comprender esos viejos clichés, por medio de sus actos.

Cuando terminó, todos lloramos juntos. Pero la alegría volvió pronto. Abracé a «Cicatriz» y nos dijimos cuánto lamentábamos lo que había ocurrido. Nos hablamos -hicimos el amor, silo prefieren-, y besé su rodilla y ayudé a curarla.

Pasamos el resto del día juntos. aliviando nuestro dolor.

A medida que el lenguaje de las manos me resultaba más fluido, «la venda se me caía de los ojos». Cada día descubría un nuevo matiz de significados que hasta entonces se me había escapado; era como pelar una cebolla y descubrir que había otra piel bajo la que acababas de quitar. Cada vez creía que había llegado al corazón. sólo para descubrir que existía otra capa que hasta entonces no había podido ver.

Yo pensé que aprender el lenguaje táctil era la clave para comunicarme con ellos. Me equivoqué. El lenguaje táctil era un lenguaje para niños. Durante largo tiempo, fui un niño que ni siquiera sabía decir bu-bu correctamente. Imaginen mi sorpresa cuando, aprendidas las palabras, descubrí que había una sintaxis, conjunciones. partes de la oración, nombres, verbos, tiempos, concordancias, y el subjuntivo. Yo chapoteaba en una charca dejada por la marca a orillas del océano Pacífico.

Por lenguaje táctil entiendo el Alfabeto Manual Internacional. Cualquiera puede aprenderlo en unas pocas horas o días. Pero cuando uno habla oralmente con otro, ¿lo hace deletreando cada palabra? ¿Va usted letra a letra cuando lee esto?. No. usted capta palabras Como entidades, oye grupos de sonidos y ve grupos de letras como una Gestalt con significado propio.

Todos en Keller mostraban un interés absorbente por el lenguaje. Cada uno conocía varias lenguas -lenguas habladas-, y podían leerlas y transcribirías a lenguaje táctil con fluidez.

Cuando aún eran niños habían comprendido el hecho de que, para los sordomudociegos, el lenguaje táctil era una forma de hablar a los demás. Entre ellos resultaba demasiado engorroso. Era como el Código Morse: útil cuando uno está limitado en sus medios de transmitir información, pero no un código idóneo en cualquier circunstancia. Sus formas de hablarse entre sí eran mucho más cercanas a nuestro sistema de comunicación escrita o verbal, y -¿me atreveré a decirlo?- mejores.

Lo descubrí despacio: primero. al darme cuenta de que aunque podía deletrear muy rápidamente con mis manos, siempre tardaba mucho más tiempo en decir algo que el que cualquiera de ellos empleaba. Lo cual no podía ser explicado por diferencias de habilidad. Así que pedí que me enseñaran el lenguaje abreviado. Me sumergí en él, esta vez con todo el mundo -no sólo Rosa- para enseñármelo.

Fue duro. Podían decir cualquier palabra en no importa qué lengua con no más de dos posiciones de la mano. Supe que era un proyecto que me llevaría años, no días. Uno aprende el alfabeto, y con ello está en posesión de todas las herramientas que necesita para formar cualquier palabra existente. Esa es la gran ventaja de disponer de una lengua escrita y hablada basada en el mismo conjunto de símbolos. El lenguaje abreviado no tenía ningún punto en común con ella. No compartía nada de la linealidad del lenguaje táctil común; no era una codificación para el inglés o para cualquier otro lenguaje; no compartía construcción o vocabulario con ninguna otra lengua. Había sido conformado en su totalidad por los residentes de Keller, de acuerdo con sus necesidades. Cada palabra era algo que aprender y memorizar con independencia de su equivalente en el lenguaje táctil.

Durante meses me senté en las Uniones después de la cena para decir frases como «Yo amo "Cicatriz" mucho mucho bien», mientras oleadas de conversaciones fluían y circulaban y daban vueltas en torno a mí, rozándome apenas. Pero insistí, y los niños tuvieron una paciencia infinita conmigo. Fui aprendiendo de forma gradual. A partir de aquí, el resto de conversaciones que reproduzca se produjeron en lenguaje táctil o abreviado, limitados en cada ocasión por mi capacidad de hablar con fluidez. Desde el día de mi castigo, no volví a hablar, ni me hablaron, oralmente nunca más.

Estaba tomando una lección de lenguaje corporal con Rosa. Sí, hacíamos el amor. Había necesitado unas cuantas semanas para darme cuenta de que era un ser sexual, de que sus caricias, que yo me obstinaba en considerar inocentes -como yo definía la inocencia en aquel momento- eran y no eran inocentes a un tiempo. Ella consideraba como algo natural el que su conversación con mi pene por medio de sus manos condujera a otro tipo de conversación. Aunque estaba aún a medio camino de la pubertad, era considerada como una adulta en todos los aspectos, y aceptada como tal. El condicionamiento cultural me había cegado, no permitíéndome ver lo que ella decía.

Así que hablábamos mucho. Con Rosa comprendía las palabras y la música del cuerpo mucho mejor que con cualquier otra. Ella cantaba una canción realmente desinhibida con sus caderas y sus manos, libre de culpa, abierta y franca con el descubrimiento de cada nota que tocaba.

-No me has hablado mucho de ti -decía-. ¿Qué es lo que hacías fuera?

No quiero dar la impresión de que nuestro diálogo estaba formado por frases, como es representado aquí. Empleábamos el lenguaje corporal, sudando y jadeándonos mutuamente. El mensaje surgía de manos, pies, bocas.

No pude ir más allá del signo para el pronombre de primera persona del singular; y luego callé.

-¿Cómo podía hablarle de mi vida en Chicago? ¿Debía hacerle partícipe de mi temprana ambición de ser escritor, y de que no había funcionado? ¿Y por qué? ¿Falta de talento, o de motivación? Podía hablarle de mi profesión, que si uno profundiza un poco no es más que un trajinar de papeles carente de sentido, excepto para engrosar el Producto Nacional Bruto; o hablarle de los éxitos y fracasos económicos que me habían llevado hasta Keller cuando ninguna otra cosa podía impedirme el deslizarme suave y placenteramente por la pendiente de la vida. O de la soledad de tener cuarenta y siete años y no haber encontrado nunca a nadie que me amara, nadie que mereciese ser amado en compensación. De ser una persona desplazada en una sociedad de acero inoxidable. Las aventuras de una noche, la bebida, el trabajo de nueve a cinco, la Chicago Transit Authority, los cines de sesión continua. los partidos de fútbol por televisión, las píldoras para dormir, la torre John Hancock, donde las ventanas no se abren nunca para que no respire el smog o saltes por ellas. Ese era yo, ¿no?

- Entiendo - dijo ella.

- Voy de un lado a otro -continué y, de repente. me di cuenta de que era verdad.

- Entiendo -repitió.

Era un signo diferente para lo mismo de antes. Todo estaba en el contexto. Había oído y comprendido las dos partes de mí mismo, conocía la parte que había sido, la otra parte que deseaba ser.

Yacía sobre mí, con una mano deslizándose sobre mi rostro con suavidad para captar el rápido juego de emociones mientras pensaba en mi vida por primera vez desde hacía años. Y suspiró y me mordisqueó,

juguetera, la oreja cuando mi rostro le dijo que, por primera vez desde que podía recordar, me sentía feliz. No que era feliz, sino que lo sentía de verdad. Uno no puede mentir en lenguaje corporal, al igual que tus glándulas sudoríparas no pueden mentirle a un polígrafo.

Observé que la habitación estaba inusualmente vacía. Pregunté con mi habitual torpeza, y supe que tan sólo los niños se encontraban allí.

-¿Dónde están los demás? -pregunté.

Todos fuera, \*\*\* -dijo.

Fue exactamente así: tres secas palmadas en mi pecho con los dedos separados. Teniendo en cuenta que la configuración de los dedos signi-ficaba «forma del verbo, gerundio», eso quería decir que todos estaban fuera, \*\*\*ndo. No es necesario decir que aquello no me ayudaba mucho.

Pero su lenguaje corporal me había dicho algo más. Pude leerlo mucho mejor de lo que nunca había sido capaz de leer. Ella se sentía preocupada y triste. Su cuerpo decía algo así como: «¿Por qué no puedo estar con ellos? ¿Por qué no puedo (olor-sabor-tacto-oído-vista) sentir con ellos?». Eso es exactamente lo que decía. De nuevo, yo no confiaba lo suficiente en mi capacidad de comprensión como para aceptar esa interpretación. Intentaba obligar a mis prejuicios a adaptarse a admitir que ella y los demás niños estaban resentidos hacia sus padres por algún motivo, debido a mi convencimiento de que tenía que ser así. Debían sentirse superiores en cierto modo, debían sentirse menospreciados.

Tras una breve búsqueda por la zona, hallé a los adultos fuera, en los pastos del norte. Todos los padres, ninguno de los hijos. Estaban de pie, y formaban un grupo sin ningún objetivo aparente. No era una circunferencia, aunque se le aproximaba. Si había ahí alguna organización, ésta residía en el hecho de que todos mantenían casi idéntica distancia en relación a los demás.

Los perros pastores alemanes y el shetland estaban también allí fuera, sentados en la fría hierba frente al grupo de gente. Sus orejas erguidas, no se movían.

Empecé a avanzar hacia la gente. Me detuve al darme cuenta de su concentración. Se tocaban, pero sus manos no se movían. El silencio de ver a todas aquellas personas, que siempre estaban en movimiento, en una actitud tan quieta me desconcertaba.

Les observé durante una hora al menos. Me senté con los perros, rascándoles la cabeza tras las orejas. No me respondieron con los lametones que los perros suelen dar para demostrar hasta qué punto les gusta que les rasques de esta manera, sino que toda su atención era atraída por el grupo que tenían delante.

Poco a poco me fui dando cuenta de que el grupo se movía. Lo hacía con gran lentitud, apenas un paso aquí y otro allí, espaciados. El corro se abría, pero, de tal modo, que la distancia entre los componentes seguía constante. Como el universo en expansión, donde todas las galaxias se alejan las unas de las otras. Sus brazos estaban extendidos ahora; se tocaban sólo con la punta de los dedos, con la estructura de un enrejado cristalino.

Finalmente, dejaron de tocarse. Vi sus dedos tendiéndose en vano para cubrir distancias que estaban más allá de su alcance. Y seguían abriéndose de modo uniforme. Uno de los perros pastores empezó a lloriquear débilmente. Sentí que el cabello de la nuca se me erizaba. «El frío del exterior», me dije.

Cerré los ojos, soñoliento de repente.

Los abrí otra vez, sobresaltado. Luego me obligué a cerrarlos de nuevo. Los grillos chirriaban a mi alrededor.

Había algo en la oscuridad tras mis globos oculares. Tenía la sensación de que si conseguía girar mis ojos en redondo podría verlo con facilidad; pero se me escapaba del mismo modo que hace la visión periférica cuando lees unos titulares. Si había algo realmente, era imposible captarlo, y mucho menos describirlo. Estuvo rondándome durante unos instantes mientras los perros gimoteaban más fuerte; pero no pude conseguir enfocarlos. La mejor comparación en la que puedo pensar es en la sensación que experimenta del sol un ciego en un día nublado.

Abrí los ojos de nuevo.

Rosa estaba de pie allí, a mi lado. Permanecía con los ojos cerrados, y se tapaba los oídos con las manos. Tenía la boca abierta, y hablaba en silencio. Tras ella había algunos de los otros niños. Todos hacían lo mismo.

Una cualidad de la noche cambió. La gente del grupo estaba ahora a unos treinta centímetros de distancia de sus compañeros, y de repente, el esquema se rompió. Todos vacilaron por un instante, luego se echaron a reír con esa fantasmagórica e irresistible risa que las personas sordas utilizan para expresar su alegría. Se dejaron caer sobre la hierba y se sujetaron el vientre, rodando por el suelo y riendo a carcajadas.

Rosa reía también. Y yo, para mi sorpresa. Reí hasta que mi rostro y mandíbulas empezaron a dolerme, como recordaba que me había ocurrido algunas veces cuando había fumado yerba.

Y eso era el estar \*\*\*ndo.

Me doy cuenta de que tan sólo he ofrecido una visión superficial de Keller. Y hay algunas cosas de las que debo hablar, si no quiero dejar constancia de una visión errónea.

Las ropas, por ejemplo. Casi todos ellos llevaban algo encima la mayor parte del tiempo. Rosa era la única que parecía temperamentalmente opuesta a la ropa. Nunca llevaba nada puesto.

Nadie se ponía algo parecido a unos pantalones. Las ropas eran amplias y sueltas: túnicas, camisas, echarpes, etc. Muchos hombres llevaban cosas que podían calificarse como ropas de mujer. Sólo eran más confortables.

Muchas de esas ropas estaban casi raídas. Por lo general, eran a base de seda y terciopelo, o algo igualmente suave al tacto. El atuendo tipo de Keller era una túnica japonesa de seda, bordada a mano con dragones, llenas de agujeros, descosidos y manchas de té y de tomate por todas partes, y con la que recorrían los establos sin importar el lodo y las inmundicias que se pegaban a su parte inferior. Al final del día era lavada, sin importar tampoco que los colores destiñeran.

Creo que tampoco he mencionado la homosexualidad. Pueden atribuir a mi condicionamiento anterior el que mis dos relaciones más profundas en Keller fueran con mujeres: Rosa y «Cicatriz». No he dicho nada al respecto debido a que no sé cómo presentarlo. Hablaba del mismo modo con hombres que con mujeres, en los mismo términos. Sorprendentemente, tuve muy pocos problemas en ser afectuoso con otros hombres.

No puedo pensar que los habitantes de Keller fueran bisexuales, aunque clínicamente lo fueran. Era algo mucho más profundo que eso. Incapaces de reconocer un concepto tan emponzoñado como el tabú de la homosexualidad, ésa fue una de las primeras cosas que aprendieron. Si ustedes distinguen la homosexualidad de la heterosexualidad están haciendo dos partes de la raza humana. Ellos eran pansexuales; no podían separar el sexo del resto de sus vidas. Ni siquiera tenían una palabra en lenguaje abreviado que pudiera traducirse directamente al castellano como «sexo». Había palabras para masculino y femenino en una variedad infinita, y palabras para grados y variedades de experiencias físicas que son imposibles de expresar en castellano, pero todas ellas incluían otros aspectos del mundo de la experiencia; ninguna encajonaba lo que nosotros llamamos «sexo» en su propio discreto cubículo.

Hay otra cuestión a la que no he dado respuesta. Y necesita ser respondida, debido a que me la planteé a mí mismo poco después de mi llegada. Se refiere a la necesidad de la comunidad en primer lugar. ¿Tenía que ser forzosamente así? ¿No hubiera sido mejor que se ajustara a nuestra forma de vivir?

No todo era una paz idílica. Ya he hablado de invasiones y violaciones. Podía ocurrir de nuevo, en especial si las bandas de vagabundos que merodeaban en torno a las ciudades empezaban a vagabundear de verdad. Un grupo lo bastante numeroso de motoristas podía terminar con ellos en una sola noche.

Luego estaban las constantes trabas legales también. Casi una vez al año, los asistentes sociales aparecían por Keller e intentaban llevarse a los niños. Habían sido acusados de todos los delitos posibles, desde abusos contra la infancia hasta contribuir a la delincuencia. Tales acusaciones no habían ido nunca demasiado lejos, pero sin lugar a dudas podían hacerlo cualquier día.

Y después de todo, hay sofisticados aparatos en el mercado que permiten a las personas ciegas y sordas ver y oír un poco. Podían haber requerido la ayuda de algunos de ellos.

Me encontré en una ocasión con una mujer sordomudociega en Berkeley. Voto por Keller.

En cuanto a esos aparatos...

Hay una máquina de ver en la biblioteca de Keller. Utiliza una cámara de televisión y una computadora que hace vibrar una serie de agujas metálicas colocadas muy juntas. Utilizándola, uno puede captar al tacto la imagen en movimiento hacia la cual está enfocada la cámara. Es pequeña y ligera, capaz de ser llevada encima con las agujas sensoras tocando la espalda de uno. Cuesta unos treinta y cinco mil dólares.

La descubrí en un rincón de la biblioteca. Pasé un dedo por ella, y dejé un rastro brillante al eliminar la densa capa de polvo que la cubría.

Otras personas entraron y se fueron; yo me quedé.

Keller no tenía tantos visitantes como los otros lugares donde yo había estado. Se hallaba muy aislado.

Un hombre apareció un mediodía, miró a su alrededor, y se fue sin pronunciar una sola palabra.

Dos chicas, dos fugitivas de California de dieciséis años, aparecieron una noche. Se desnudaron para cenar y se escandalizaron cuando supieron que yo podía ver. Rosa las asustó. Aquellas pobres chicas tenían que vivir mucho todavía para alcanzar el nivel de sofisticación de Rosa. Pero quizá ella tampoco se hubiera sentido segura de sí misma en California. Se fueron al día siguiente, sin saber con exactitud si habían asistido a una orgía o no. Todos aquellos toqueteos sin entrar directamente en el asunto eran de veras extraños.

Había una encantadora pareja de Santa Fe que actuaba como una especie de intermediario entre Keller y su abogado. Tenían un chico de nueve años que parloteaba incesantemente en lenguaje táctil con los otros chicos. Venían casi cada dos semanas y se quedaban algunos días, tostándose al sol y participando cada noche en la Unión. Hablaban en lenguaje abreviado con cierta vacilación y tuvieron la cortesía de no dirigirse nunca a mí verbalmente.

Algunos de los indios acudían a vernos a intervalos regulares. Su comportamiento era casi siempre agresivamente chauvinista. Permanecían vestidos todo el tiempo con sus tejanos y botas. Pero resultaba evidente que experimentaban un gran respeto hacia aquella gente, aunque les parecían extraños. Hacían negocios con la comunidad. Eran los navajos quienes cargaban en camiones todos los productos que se dejaban cada día junto a la puerta, los vendían, y se quedaban un tanto por ciento del producto. Se sentaban y conferenciaban en lenguaje de símbolos trazados en las manos de sus interlocutores. Rosa decía que eran escrupulosamente honestos en sus tratos.

Y una vez por semana, todos los padres se reunían en el campo y \*\*\* ban.

Cada vez yo mejoraba en lenguaje corporal y abreviado. Hacía cinco meses que había emprendido mi camino, y el invierno se acercaba. Aún no me había enfrentado con mis deseos, no había pensado, en realidad, qué deseaba hacer con el resto de mi vida. Creo que la costumbre de dejarme arrastrar siempre por la corriente era demasiado fuerte en mí. Estaba allí, y por naturaleza propia me sentía incapaz de decidir irme o hacer frente al problema de si deseaba quedarme por largo, largo tiempo.

Luego algo sucedió.

Durante mucho tiempo pensé que tenía que ver con la situación económica en el exterior. En Keller eran conscientes del mundo que existía afuera. Sabían que el aislamiento y la ignorancia de los problemas que podían ser desechados fácilmente como no relevantes para ellos era algo peligroso, así que se suscribieron a la edición braille del New York Times, y la mayoría de ellos lo leía. Tenían un aparato de televisión que era conectado una vez al mes al menos. Los chicos lo veían y luego se lo contaban a sus padres.

Así eran conscientes de que la no-depresión se estaba moviendo lentamente hacia una espiral inflacionista

más normal. Se creaban nuevos puestos de trabajo, el dinero volvía a fluir. Cuando más tarde me hallé de nuevo en el exterior, creí que ésa era la razón.

Pero la auténtica era más compleja. Tenía que ver con pelar la cebolla del lenguaje abreviado para descubrir que había otra capa debajo.

Había aprendido el lenguaje táctil en unas pocas lecciones sencillas. Luego descubrí el lenguaje corporal y el abreviado, y me di cuenta de que sería mucho más duro de aprender. A lo largo de cinco meses de constante inmersión, que es la única forma de aprender un lenguaje, había alcanzado el nivel equivalente de un niño de cinco a seis años en lenguaje abreviado. Sabía que podía llegar a dominarlo: necesitaba tiempo. El lenguaje corporal era otro asunto. Uno no puede medir sus progresos con tanta facilidad con el lenguaje corporal. Era un lenguaje variable y altamente impersonal, que evolucionaba de acuerdo con la persona, el tiempo, el humor. Pero estaba aprendiendo.

Luego descubrí el «Toque». Esa es la mejor manera en que puedo describirlo con una única palabra en castellano. Lo que ellos llamaban su cuarto estadio del lenguaje variaba de día en día, tal como intentaré explicar.

Lo descubrí cuando intentaba localizar a Janet Reilly. Por aquel entonces, conocí la historia de Keller, y ella figuraba en un lugar muy importante en todos los relatos. Conocía a todo el mundo en Keller, pero no podía hallarla por parte alguna. Conocía a todos por nombres tales como «Cicatriz», «La-que-le-falta-un-diente-delantero» y el «Hombre-de-pelo-rizado». Eran nombres en lenguaje abreviado que yo mismo les había dado, y ellos los aceptaban sin preguntas. Habían abolido sus nombres exteriores en la comunidad. No significaban nada para ellos; no decían nada ni describían nada.

Al principio, supuse que era mi imperfecto dominio del lenguaje abreviado lo que me hacía incapaz de formular la pregunta correcta acerca de Janet Reilly. Luego me di cuenta de que no me lo decían deliberadamente. Supe el porque, y lo acepté y no volví a pensar en ello. El nombre de Janet Reilly describía lo que ella había sido en el exterior, y una de sus condiciones para llevar a término todo el proyecto era que ella no sería nadie especial en el interior. Se mezcló con el grupo y desapareció. No quería ser hallada. Correcto.

Pero en el transcurso de mi investigación me di cuenta de que ninguno de los miembros de la comunidad tenía un nombre específico. Rosa, por ejemplo no tenía menos de ciento cincuenta nombres, uno para cada uno de los miembros de la comunidad. Cada nombre era un nombre contextual que contaba la historia de la relación de Rosa con una persona en particular. Mis sencillos nombres, basados en descripciones físicas, eran aceptados como los nombres que un niño aplicaría a la gente. Los niños aún no habían aprendido a ir más allá de las capas superficiales y utilizaban nombres que hablaban de ellos mismos, de sus vidas, y de sus relaciones con los demás.

Lo que confundía las cosas aún más era que los nombres evolucionaban de un día a otro. Aquél fue mi primer vislumbre del «Toque», y me hizo estremecer. Era una cuestión de permutaciones. Tan sólo el primer desarrollo sencillo del problema implicaba el que no había menos de trece mil nombres en uso, y no duraban lo suficiente como para permitirme memorizarlos. Si Rosa me hablaba de «Calvo», por ejemplo, utilizaba el nombre «Toque» que tenía para él, modificado por el hecho de que era a mí a quien estaba hablando y no a «Piernicorto».

Luego, las profundidades abismales de aquello que no acababa de captar se abrieron ante mí, y de repente me hallé sin aliento por el miedo a las alturas.

El «Toque» era lo que ellos hablaban entre sí. Una increíble mezcla de los otros tres lenguajes que yo había aprendido, y su esencia estribaba en que jamás era el mismo. Yo podía hablar con ellos en lenguaje abreviado, que era la auténtica base del «Toque», y ser consciente al mismo tiempo de las corrientes del «Toque» moviéndose bajo mi superficie.

Era un lenguaje de inventar lenguajes. Cada cual hablaba su propio dialecto debido a que cada cual hablaba con un instrumento distinto: un cuerpo distinto y un abanico de experiencias vitales distinto. Todo lo modificaba. No podía permanecer inmóvil.

Se sentaban en la Unión e inventaban un cuerpo completo de respuestas «Toque» en una noche; idiomáticas, personales, totalmente desnudas en su honestidad. Y lo utilizaban tan sólo como un ladrillo que les serviría para levantar el edificio del lenguaje de la noche siguiente.



Yo no estaba seguro de si deseaba una tal desnudez. Me había contemplado a mí mismo hacía poco y no me había sentido satisfecho con lo observado. La realización de que cada uno de ellos sabía más al respecto que yo mismo, porque mi honesto cuerpo había dicho lo que mi asustada mente no deseaba revelar, era algo estremecedor. Estaba desnudo bajo los focos del Carnegie Hall, y todas las escabrosas pesadillas que había tenido a lo largo de mi vida me perseguían. El hecho de que todos ellos me amaran con todas mis imperfecciones no era suficiente. Deseaba esconderme en lo más profundo de un oscuro armario con todas mis pústulas y dejar que supuraran.

Hubiera podido superar ese terror. A todas luces, Rosa intentaba ayudarme. Me dijo que tan sólo sufriría durante un tiempo, que me acostumbraría muy pronto a vivir mi vida con mis más tenebrosas emociones escritas en letras de fuego sobre mi frente. Dijo también que el «Toque» no era tan duro como parecía al principio. Una vez hubiera aprendido bien el lenguaje abreviado y el corporal, el «Toque» fluiría de forma natural a partir de ellos, como la savia asciende por un árbol. Sería algo inevitable, algo que me sucedería sin demasiado esfuerzo por mi parte. Casi la creí. Pero se traicionó así misma. No, no. No fue así; sin embargo, su íntima preocupación acerca del \*\*\*ar me convenció de que si conseguía llegar hasta allí, lo único que lograría sería estrellar mi dura cabeza contra el siguiente barrote de la escala.

Ahora tengo una definición ligeramente mejor. No una que pueda trasladar con mayor facilidad a nuestra lengua, intento que quizá sólo conseguiría reforzar mi nebulosa idea de lo que aquello era.

-Es la forma de tocar sin tocar -dijo Rosa, su cuerpo agitado locamente en un intento de hacerme compartir su propia imperfecta concepción de lo que era, e impedida por mi analfabetismo.

Su cuerpo negaba la verdad de su definición en lenguaje abreviado, y, al mismo tiempo, admitía que ella, para mí, tampoco sabía qué era exactamente.

-Es el don gracias al cual uno puede expandirse a partir de la eterna oscuridad y silencio hacia algo más.

Y de nuevo su cuerpo lo negaba. Golpeaba el suelo con exasperación.

-Es un atributo del permanecer en la eterna oscuridad y el silencio, el tocar a otros. Todo lo que se con seguridad es que la vista y el oído lo imposibilitan o lo oscurecen. Cuando me rodeo de silencio y oscuridad tanto como me es posible puedo ser consciente de sus contornos, pero la visión de la mente persiste. Esa puerta está cerrada para mí, y para los niños.

El verbo «tocar» en la primera parte de su intento de definición era una amalgama del «Toque», tomada de sus recuerdos de mí y de lo que le había comunicado de mis experiencias. Implicaba y rememoraba el olor y el tacto de las setas arrancadas sobre la blanda tierra detrás del establo con "Alta-con-loj-ojos verdes", aquella que me hizo comprender y sentir la esencia de los objetos. También contenía referencias de nuestro lenguaje corporal cuando penetraba en la húmeda oscuridad de su cuerpo y ella me hacía compartir lo que sentía al recibirme. Todo eso en una sola palabra.

Pensé en ello durante largo tiempo. ¿De qué servía sufrirladesnudez del «Toque», tan sólo para alcanzar el nivel de frustrada ceguera mencionado por Rosa?

¿Qué era lo que me empujaba a huir del único lugar en mi vida donde me había sentido feliz?

En primer lugar, un convencimiento que había tardado mucho en llegar, y que puede ser resumido por: «Pero ¿qué demonios hago aquí?». Una pregunta que sólo podía ser respondida con otra pregunta:

«¿Qué demonios haré si me voy?».

Yo era el único visitante, el único en siete años, que había permanecido en Keller más tiempo que unos pocos días. Aquello me hacía pensar. No era lo bastante fuerte ni tenía la suficiente confianza en la opinión de mí mismo como para ver que todo era debido a un defecto en mí, no en ellos. Obviamente, yo me sentía satisfecho, complacido demasiado pronto, como para ver los defectos que ellos habían visto en mí.

No existían defectos ni en la gente de Keller ni en su sistema. No, yo les amaba y respetaba como para pensar eso. Desde luego, habían ido mucho más lejos que cualquiera en este imperfecto mundo en

dirección a una forma sana y racional de existencia sin guerras y con un mínimo de política. En definitiva, esos dos viejos dinosaurios son las dos únicas formas que han descubierto los seres humanos para convertirse en animales sociales. Sí, puedo ver la guerra como una forma de vivir con otros; imponiéndole nuestra voluntad al adversario en términos tan claros que el oponente no tenga otra solución que someterse, morir, o saltarse la tapa de los sesos. Y si ésta es una forma de solucionar algo, antes prefiero vivir sin soluciones. La política me parece mucho mejor. Lo único bueno que tiene en ocasiones es sustituir la conversación por los puñetazos.

Keller era un organismo; una nueva forma de relacionarse, y parecía funcionar. No lo planteo como una solución a los problemas del mundo. Es posible que sólo pueda funcionar para un grupo con unos intereses comunes tan imperativos y tan raros como la sordera y la ceguera. No puedo pensar en otro grupo cuyas necesidades sean tan interdependientes.

Las células del organismo cooperaban de maravilla. El organismo era fuerte, floreciente, y poseía todos los atributos que siempre había visto utilizar para definir la vida, excepto la habilidad de reproducirse. Ése podía ser su defecto fatal, si es que existía alguno. De hecho, vi que las semillas de algo se desarrollaban en los niños.

La fuerza del organismo era la comunicación. No hay dudas al respecto. Sin los elaborados e imposibles de falsificar mecanismos para la comunicación puestos en marcha en Keller, se hubieran destruido a sí mismos a causa de la mezquindad, los celos, el sentido de la posesión y otra docena de defectos humanos «innatos».

La Unión nocturna era la base del organismo. Allí, tras la cena, y, hasta que el momento de ir a dormir llegaba, todos hablaban en un lenguaje que era incapaz de mentir. Si se incubaba algún problema, se presentaba por sí mismo y era resuelto de forma casi automática. ¿Celos? ¿Resentimiento? ¿Algún pequeño sentimiento supurante que se estaba cultivando? Uno no podía esconderlo en la Unión, y muy pronto todos estaban alrededor para extirpar la enfermedad a base de amor. Actuaban como los glóbulos blancos, arracimándose en torno a una célula enferma, no para destruirla sino para curarla. Parecía no existir ningún problema que no pudiera ser resuelto si era atacado a tiempo, y con el «Toque», los vecinos de uno lo veían incluso antes de que uno mismo se diera cuenta, y ya estaban trabajando para corregir lo que no funcionaba bien, sanar la herida, hacer que uno se sintiera a gusto para que pudiera reírse de ello. Había muchas risas en las Uniones.

Durante un tiempo pensé que estaba sintiéndome posesivo con relación a Rosa. Sé que fue un poco al principio. Rosa era mi amiga especial, la que me había ayudado desde el principio, la que durante varios días había sido mi única interlocutora posible. Sus manos me habían enseñado el lenguaje táctil. Sé que sentí asomos de territorialidad la primera vez que ella permaneció sobre mis rodillas mientras otro hombre le hacía el amor. Pero si había una señal que los de Keller podían descifrar era ésa. Fue como un timbre de alarma en Rosa, en el hombre, y en todos los hombres y mujeres a mi alrededor. Se apresuraron a calmarme, a consolarme, a decirme en todos los lenguajes que todo iba bien, que era normal, que no tenía por qué sentirme avergonzado. Luego, el hombre es cuestión empezó a hacerme el amor a mí. No Rosa, sino el hombre. Un antropólogo observador podría tener tema para toda una tesis. ¿Han visto ustedes la película sobre el comportamiento social de los babuinos? Los perros también lo hacen. Y muchos mamíferos machos. Cuando los machos libran batallas por la supremacía, muchas veces, el más débil invalida la agresión al someterse, girando el rabo y renunciando. Yo nunca me sentí tan invalidado como cuando aquel hombre renunció al objeto de nuestra querella -Rosa- y desvió su atención hacia mí. ¿Qué podía yo hacer?. Todo lo que había hecho era risible, y me reí, y pronto todos nos reíamos y aquél fue el fin de la territorialidad.

Así es en esencia como se resuelven la mayor parte de los problemas de la «naturaleza humana» en Keller. Algo parecido a un arte marcial oriental; cedes, dejas que el impulso de tu atacante le haga perder el equilibrio por la fuerza misma de la agresión. Haces esa misma maniobra hasta que el contrario se da cuenta de que su empuje inicial no era adecuado, que era estúpido poner tanto impulso cuando no tenía ninguna resistencia ante él. Muy pronto ya no es Tarzán de los monos, sino Charles Chaplin. Y se echa a reír.

Así que no era ni Rosa y su cuerpo encantador, ni mi toma de conciencia de que ella nunca podría ser totalmente mía para que yo pudiera encerrarla en mi caverna y defenderla con una tibia en la mano. Si yo hubiera persistido con esa mentalidad habría aparecido a sus ojos tan atractivo como una sanguijuela del Amazonas, y eso era un incentivo para confundir a los behavioristas y superarles.

Así que volví a esa gente que había visitado Keller y se había ido. ¿Qué habían visto ellos que yo no podía

ver?

Bueno, era algo más bien ostensible. Yo no formaba parte del organismo, no importaba lo bien que el organismo se comportara conmigo. Por otro lado, tampoco tenía esperanzas de llegar a formar parte de él alguna vez. Rosa lo había dicho en la primera semana. Lo sentía en sí misma, en un grado menor. Ella no podía \*\*\*ar, aunque ese hecho no bastase para hacerla abandonar Keller. Me lo había dicho en lenguaje táctil y confirmado en lenguaje corporal. Si yo me iba, sería sin ella.

Al intentar situarme en el exterior y mirar hacia allí, me sentía casi miserable. ¿Qué intentaba hacer? ¿Acaso mi finalidad en la vida era convertirme en parte de una comunidad de sordomudociegos? En aquellos momentos me sentía tan deprimido que pensaba en todo aquello como en algo denigrante, pese a las evidencias de todo lo contrario. Debería estar en el mundo real, donde la gente real vivía. no entre aquellos fenómenos de la naturaleza.

Aparté rápidamente aquellos pensamientos. No estaba fuera de mí, por completo, tan sólo rozaba los límites de la insania. Aquella gente eran los mejores amigos que nunca había tenido, quizá los únicos. El que estuviera tan confundido como para pensar aquello de ellos, incluso durante un segundo, me preocupaba más que cualquier otra cosa. Es posible que fuera eso lo que me empujara finalmente a una decisión. Veía un futuro de creciente desilusión y de esperanzas no realizadas. A menos que aceptara que me reventaran ojos y oídos, siempre estaría de lado de fuera. Yo sería el ciego y sordo. Yo sería el fenómeno. Y no quería ser un fenómeno.

Ellos sabían que había decidido abandonarles antes de que yo mismo lo supiera. Mis últimos días se convirtieron en un largo adiós, con un cariñoso adiós implícito en cada palabra con que me tocaban. No estaba triste, en realidad, y ellos tampoco. Era maravilloso, como todo lo que hacían. Decían adiós con la exacta mezcla de nostalgia y de la-vida-debe-continuar, y esperamos-poder-tocarte-de-nuevo.

La realidad del «Toque» arañaba los bordes de mi mente. No era algo malo, tal como Rosa había dicho. En uno o dos años, hubiera podido dominarlo.

Pero ya había tomado mi decisión. Volvía al surco de la vida seguido durante tanto tiempo. Pero ¿por qué, una vez decidido lo que debía hacer, tenía miedo de volver a examinar mi decisión? Quizá debido a que la decisión original me había costado tanto que no deseaba volver a pasar por ello.

Me fui discretamente por la noche, en dirección a la carretera y a California. Estaban fuera, en los campos, de nuevo en pie, formando aquel círculo. Las puntas de sus dedos estaban más separadas que nunca. Los perros y los niños se mantenían apartados a su alrededor, como parias en un banquete. Era difícil decir quién parecía más ávido y asombrado.

Las experiencias en Keller no omitieron dejar sus marcas en mí. Era incapaz de vivir tal como lo había hecho antes. Durante un tiempo pensé que, simplemente, no podía vivir, pero lo hice. Estaba demasiado acostumbrado a vivir como para dar el paso decisivo de terminar con mi vida. Esperaría. La vida me había aportado algo agradable, quizá me proporcionara algo más.

Me convertí en escritor. Observé que mis facultades para la comunicación eran mejores que antes. O quizá ahora las poseía por vez primera. De cualquier modo, mis escritos eran coherentes y se vendían. Escribí lo que deseaba escribir, y no tenía miedo de pasar hambre, Tomaba las cosas tal como venían,

Atravesé la no-depresión del 97, cuando el paro alcanzó un veinte por ciento y el gobierno lo ignora una vez más como un fenómeno pasajero. Finalmente. el fenómeno paso dejando e! indice de paro un poco más alto de como había quedado la vez anterior y la anterior a esa. Otro millón de personas sin empleo fue creado sin nada melor que ha cer que vagar por las calles para causar disturbios, volcar coches, ataques al corazón, asesinatos, disparos incendios bombas y tumultos: la infinita inventiva del teatro de la calle Nunca había motivos de aburrimiento.

No me hice rico, pero solía vivir bien. Ésa es una enfermedad social. cuyos síntomas son la habilidad de ignorar el hecho de que tu sociedad está acumulando pústulas supurantes y su cerebro está siendo roído por gusanos radiactivos. Tenía un hermoso apartamento en el condado de Mann, fuera de la vista de las torretas erizadas de ametralladoras. Disponía de coche, en una época en que eso comenzaba a ser un lujo.

Había llegado a la conclusion de que mi vida no estaba destinada a ser todo lo que yo había deseado que

fuera Todos aceptamos algun tipo de compromiso, razonaba, y si uno lleva sus expectativas demasiado alto, está condenado a la desilusion Me daba cuenta de que había colocado mi techo demasiado «alto» pero no sabía que hacer al respecto Llevaba mi carga con una mezcla de cinismo y optimismo que parecía ser la mejor mixtura para mí Al menos hacia que mi motor siguiera funcionando.

Fui incluso a Japón, como había deseado hacer en primer lugar

No encontré a nadie para compartí mi vida Para eso solo estaba Rosa, Rosa y toda su familia y nos hallabamos separados por un abismo que no me atrevía a cruzar. Ni siquiera osaba pensar demasiado en ella. Hubiera podido resultar muy peligroso para mi equilibrio Vivía con el y me decía a mí mismo que así debían ser las cosas. Solitario

Los años pasaron como un tractor oruga en Dachau, hasta el penultimo día del milenio.

San Francisco organizaba un gran festejo para celebrar el año 2100. ¿Qué importaba que la ciudad estuviera desmoronándose lentamente. que la civilización fuera desintegrándose en la histeria?. ¡Tengamos nuestra fiesta!

El último día de 1999, me detuve en el Dique Golden Gate. El sol se hundía en el Pacífico, en Japón, que había vuelto a ser el mismo de siempre pero cuadriculado y compartimentado por los neosamurai. Tras de mí, los primeros estallidos de los fuegos artificiales celebrando el holocausto disfrazado como una festividad rivalizaban con las llamas de los primeros edificios incendiados a medida que los olvidados sociales y económicos celebraban el acontecimiento a su propia manera. La ciudad se estremecía bajo el peso de la miseria, ansiosa de deslizarse a lo largo de las líneas de fractura de alguna falla de San Andrés subcortical. Bombas atómicas en órbita resplandecían en mi mente, en algún lugar, allá en lo alto, dispuestas a plantar hongos cuando se hubieran agotado todas las demás posibilidades.

Pensé en Rosa.

Me descubrí a mí mismo a través del desierto de Nevada, sudando, aferrado al volante. Lloraba intensamente pero sin ningún sonido, como había aprendido a hacer en Keller.

¿Puede uno volver?

El coche apto sólo para ciudad saltaba en los baches de la sucia carretera. El vehículo se caía a pedazos. No había sido construido para ese tipo de viaje. El cielo empezaba a iluminarse por el este. Era el alba de un nuevo milenio. Apreté con mayor dureza el pedal del acelerador y el coche se encabritó, salvaje. No me importaba. No iba a conducir de regreso por esa misma carretera, nunca más. De una forma o de otra, iba allí para quedarme.

Alcancé el muro y respiré aliviado. Los últimos cien kilómetros habían sido una pesadilla en la que me preguntaba si no habría sido todo un sueño. Toqué la fría realidad del muro y aquello me calmó. Una ligera capa de nieve lo cubría todo, gris a la primera luz del amanecer. Les vi en la distancia. Todos ellos, afuera en el campo. allá donde les había dejado. No, estaba equivocado. Sólo los niños. ¿Por qué me habían parecido tantos al principio?

Rosa estaba allí. La reconocí de inmediato, a pesar de que nunca la había visto con ropas de invierno. Era más alta, estaba más llena. Debía de tener diecinueve años. Había un niño pequeño que jugaba con la nieve a sus pies, y acunaba a otro niño en sus brazos. Me dirigí hacia ella y hablé en su mano.

Se volvió hacia mi, su rostro radiante con la bienvenida, los ojos mirando con una fijeza que jamás había visto. Sus manos aletearon sobre mí y sus ojos no se movieron.

-Te toco, te doy la bienvenida -dijeron sus manos-. Me hubiese gustado que hubieras venido unos pocos minutos antes. ¿Por qué te fuiste, cariño? ¿Por qué has estado fuera tanto tiempo?

Sus ojos eran piedras en su cabeza. Estaba ciega. Estaba sorda.

Todos los niños lo estaban. No, el niño de Rosa sentado a mis pies me miraba con una sonrisa.

-¿Dónde están los demás? -pregunté cuando hube recuperado el aliento-. ¿«Cicatriz»? ¿«Calvo»? ¿«Ojosverdes»? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué te ha sucedido a ti?

Sentí que me tambaleaba al borde del ataque cardíaco o del colapso nervioso o algo así. Mi realidad estaba en peligro de disolverse.

-Se han ido -dijo.

La palabra se me escapó pero el contexto recordaba al Mary Celeste y Roanoke. Virginia. La forma en que ella usaba la palabra ido era compleja. Era como algo que había dicho antes; inaccesible, una fuente de frustración como la que me había hecho salir corriendo de Keller. Sin embargo, su palabra hablaba de algo que ella no poseía aún pero que estaba a su alcance. No había tristeza en ella,

- ¿Ido?

- Sí. No sé donde. Son felices. Ellos \*\*\*ron. Fue glorioso. Sólo pudimos rozar una parte de ello.

Sentí que mi corazón martilleaba al ritmo del último tren al alejarse de la estación. Mis pies resonaban en las traviesas, mientras el convoy se perdía entre la niebla. ¿Dónde estaban los Brigadoon de ayer? Nunca había oído un cuento de hadas en el cual se pudiera regresar al país encantado. Te despiertas, y descubres que la oportunidad ha pasado. Te has quedado atrás. Imbécil. Sólo hay una oportunidad; ésa es la moraleja, ¿no?

Las manos de Rosa reían en torno a mi rostro.

-Toma esta parte de mí que habla-de-boca-a-pepón -dijo, y me tendió a su hija-. Voy a hacerte un regalo.

Levantó el brazo, y tocó ligeramente mis oídos con sus fríos dedos. El sonido del viento se detuvo, y cuando sus manos descendieron de nuevo no volvió nunca más. Tocó mis ojos, la luz desapareció, y ya no vi más.

Vivimos en los maravillosos silencio y oscuridad.